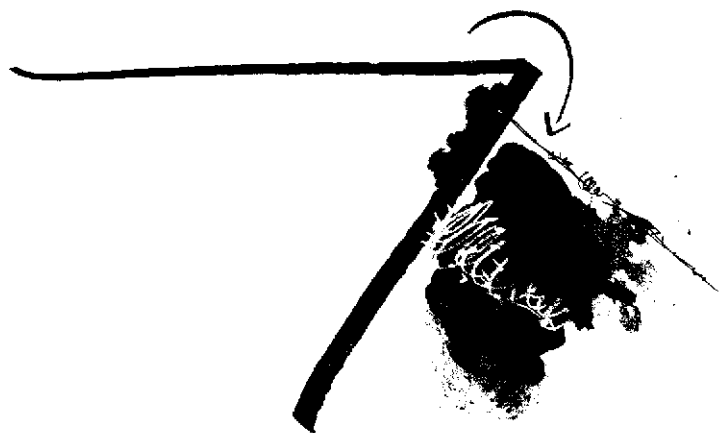


A la vuelta de la esquina

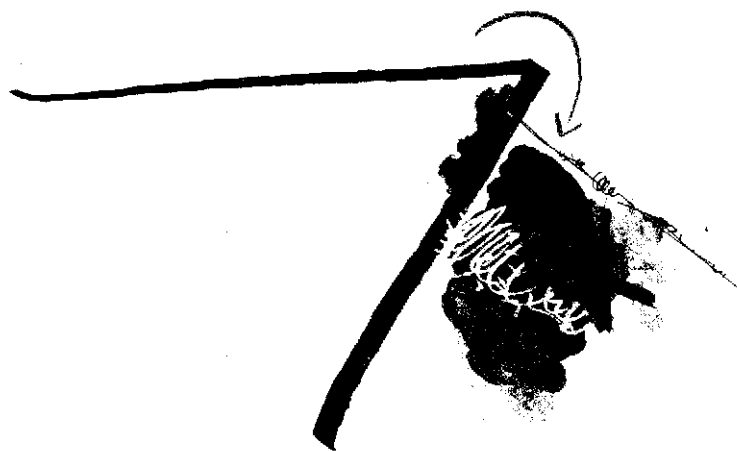
Relatos de racismo y represión



A la vuelta de la esquina

Relatos de racismo y represión

Eduardo Romero



Prólogo de
Santiago Alba Rico



cambalachg inmigración

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Reconocimiento-No comercial-Compartir igual 2.5 España

Esta licencia permite copiar, distribuir, interpretar, derivar y comunicar públicamente este texto siempre que se cumplan las siguientes condiciones:



Reconocimiento (Attribution): El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceras personas si se muestra en los créditos.



No Comercial (Non commercial): El material original y los trabajos derivados pueden ser distribuidos, copiados y exhibidos mientras su uso no sea comercial.



Compartir Igual (Share alike): El material creado por un artista puede ser modificado y distribuido pero bajo la misma licencia que el material original.

Esto es un resumen del texto legal, la licencia completa puede consultarse en:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/>

1ª edición Noviembre 2008

Edita: cambalache

Calle Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno: 985 20 22 92

e-mail: cambalache@localcambalache.org

www.localcambalache.org

Diseño y maquetación: Amelia Celaya

Ilustraciones: Amelia Celaya

Fotomecánica: Fotomecánica Principado

Impresión: La Cooperativa

Depósito Legal: AS-8542-2008

ISBN: 978-84-612-7617-2

Impreso en papel reciclado

*Dedicado a S., N., L. y M. y a todas las personas sin nombre, sin papeles
Sin sus testimonios este libro no existiría*

Este libro –como todos los libros editados por Cambalache– forma parte de un proyecto colectivo que pretende combatir el capitalismo tejiendo relaciones sociales y materiales aquí y ahora. La vida de este proyecto se sostiene a través de infinidad de tareas, entre las que escribir textos es sólo una de ellas. Este libro es también, por tanto, de todas las personas que hacen posible e impulsan cada día la existencia de Cambalache.

La lucha contra las políticas migratorias españolas y europeas –organizando y participando en actos reivindicativos, escribiendo y repartiendo panfletos, pegando carteles, formándonos políticamente, dando clases de castellano, realizando asesoramiento jurídico, etc.– es lo que da sentido a este libro. Quiero expresar mi admiración a las compañeras y compañeros de Asturias Acoge y a su trabajo –siempre discreto pero enormemente valioso– junto al colectivo africano, especialmente el senegalés. Espero que este libro contribuya también a la *Ruta contra el racismo y la represión*, campaña organizada por más de una decena de colectivos y organizaciones políticas asturianas contra las persecuciones, detenciones y humillaciones policiales a las personas sin papeles.

Aunque Santiago Alba Rico no me hubiera acompañado desde el principio hasta el final del proceso de elaboración de este libro; aunque no me hubiera animado a escribir estos relatos en aquella comida que compartimos, sobrecogidos por la historia que nos relataba un amigo africano; aunque no hubiera seguido alimentando mi escritura durante todos estos meses; incluso aunque no hubiera contribuido al libro con un emocionante prólogo,

tendría mucho que agradecerle y sentiría –de todos modos– que este libro es también suyo por la influencia que ha tenido la lectura de sus textos en lo que escribo. Como además me ha acompañado, animado y alimentado durante todo el proceso, siento –y creo que él también– que este libro es *nuestro*.

Como responsable de la actividad editorial de Cambalache y como compañera incansable de multitud de experiencias políticas en los últimos diez años, Eva Martínez ha leído los relatos y, como siempre que cree en algo, ha apoyado incondicionalmente el proceso de elaboración del libro. Ha asumido –sin hacer concesiones, también como siempre– la tarea minuciosa de las correcciones, además de otras muchas cuestiones relacionadas con la producción del libro. Quiero agradecerle toda su labor –también, o sobre todo, nuestras discusiones– y confío en que sigamos aprendiendo juntas de este apasionante trabajo editorial.

Amelia Celaya ha podido –por fin– cumplir su deseo de ilustrar un libro de Cambalache. Después de haber diseñado y maquetado una decena de libros y centenares de carteles y folletos, la espera ha merecido la pena. Gracias por todo tu trabajo y por la dedicación tan especial a este libro.

Además de las personas que ya he nombrado, quiero agradecer su apoyo a otras muchas que, al implicarse en la lectura y en las correcciones, críticas y sugerencias, han dado vida a estos textos antes de su publicación. A riesgo de olvidarme de alguien, os agradezco esta tarea a Irene S. Choya, Miguel Moro, María Candín, Ana Andrés, Ana García, Elena Naranjo, Braulio G. Noriega, Alcira Padín, Pedro Menéndez, Pili Quintana, Marcos García Morilla, Olaya Menéndez, Quico Arribas, Alma de las Heras y Jose Antonio Muñoz. Paco Ramos y Alfredo García, abogado de los despedidos de El Muesel, aportaron información imprescindible para escribir el texto «El futuro de Asturias».

Eduardo Romero, 6 de noviembre de 2008

Índice

Presentación	11
Prólogo	
El mecanismo negrero	15
A la vuelta de la esquina	26
Cheb Hbitri bajo un camión	
Menores, maltrato y política de extranjería	76
El futuro de Asturias	87
Cincuenta inmigrantes ahogados, Osamuyi asesinado	95
Ladrones de petróleo	99
Los intereses de nuestras multinacionales son nuestros intereses	105
Su complicidad es indigna	109
Transport Express	113
Epílogo	
[35]	118

Presentación

«¡Son negros!», exclamaba un hombre, asombrado ante la pancarta que encabezaba la manifestación contra el racismo. No es una escena de película ni una frase de novela, es el sincero estupor ante una realidad que sigue siendo extraña para mucha gente.

Asturies es tan pequeña en el mapa, tan distante de sus casas que a veces nos sorprende que la hayan encontrado. Pero aquí están, caminando por la calle, a la puerta de una tienda, en la esquina de la plaza... personas de otras tierras.

Tenemos *tan claro* que son diferentes que deberíamos fijarnos en ellas, incluso desde la distancia y, sin embargo, acaban volviéndose invisibles. Cifras que manejan *los políticos* en plena campaña electoral, avalanchas que nos arrojan a la cara los periódicos, cadáveres que se cuelan en nuestras casas a través de la pantalla del televisor.

Sólo se les nombra –así, en colectivo– para hablar de guerras, extremismo o pobreza; no tienen nombre propio ni historia. *Un ecuatoriano, bandas de niñas rumanas, una brasileña, árabes*, señalan despectivamente los medios de comunicación; y de inmediato imaginamos robos e inseguridad. Nos sorprendemos mirándoles *de reojo* en la parada del autobús y sospechando de sus risas cuando se juntan.

Somos curiosas las personas, siempre buscando la diferencia en la otra, la que viene del pueblo de al lado, del barrio de abajo o de la otra esquina del mundo.

El caso es que son caras, todas iguales pensamos, que no nos dicen nada. El caso es que son miles, millones, y no van a caber. El caso es que, si lo pienso, tampoco conozco a ninguna ni le he pregunta-

do a nadie por qué está aquí. El caso es que no sé si quiero saber. El caso es que si sé, puede que dejen de serme indiferentes y, ¿qué hago entonces?

Cerrar los ojos, dejar este libro donde lo encontré y echar a andar sin mirar atrás. O abrir los sentidos y escuchar el miedo, saborear el rechazo, oler las dudas, tocar la soledad y ver la carga de muchas personas que buscan, al fin y al cabo, lo que tú y yo: techo, pan, manos amigas y respeto...

Es difícil transmitir todo esto a través de las páginas de un pequeño libro de relatos, sin embargo Eduardo lo ha conseguido. Paso a paso, sin grandes pretensiones ni verdades absolutas, nos coloca ante personas con nombre, con historia, con pasado —el futuro, una vez más, es incierto— y, sobretudo, nos obliga a fijar la mirada. Nos dice claramente «nada de girar la cabeza, esto no es un cuento de miedo o de las mil y una noches». Imposible, el escenario es mi ciudad, mi barrio, gente que conozco y me cruzo por la calle.

Gracias Eduardo por querer contar, por saber escuchar y por hacer lo imposible para que nos metamos en otras pieles, y entendamós.

Eva Martínez
[Cambalache]

Podríamos haber optado por utilizar pseudónimos para nombrar a las personas que protagonizan algunos de los relatos. Si hemos decidido utilizar iniciales es para hacer continuamente visible, a lo largo de ellos, el hecho de que son personas que tienen que ocultar su nombre debido a la represión que sufren.

Prólogo

El mecanismo negrero

He dicho otras veces que el capitalismo materializa todas las utopías humanas en forma de pesadilla: ha convertido el ocio en paro, el hombre* nuevo en trabajador precario, el triunfo sobre la naturaleza en destrucción ecológica y cambio climático. Asimismo, el sueño ilustrado del hombre universal sublevado contra todas las fronteras, cosmopolita sin ataduras nacionales, ciudadano del mundo depositario de una sustancia puramente humana, ha generado cuerpos desnudos privados de todo derecho, expuestos a todos los golpes, sometidos a todos los abusos, reducidos a una condición puramente animal: los inmigrantes. Contra sus propios ideales, Europa ha levantado muros erizados de espinas y vidrios rotos; contra nuestros propios valores, los europeos hemos aceptado y reclamamos todos los días un genocidio. Por eso, ninguna cuestión plantea de un modo más claro el fracaso político-moral de Occidente ni revela mejor el atolladero histórico en que nos encontramos. La inmigración ha globalizado e interiorizado el colonialismo como norma social y subjetiva del intercambio desigual con los otros; es decir, ha generalizado el desprecio, la criminalización y eventualmente la eliminación –en origen y en destino– de los que trabajan para nosotros.

Leyes, medidas policiales y medios de comunicación concurren disciplinadamente en esta labor de justificar el colonialismo interior, según la ley general que impone que sólo se puede explotar a quien merece morir y que todo nos lo podemos permitir contra aquellos a los que perdonamos a veces la vida. Nos invaden, vienen para quedarse, nos roban nuestra riqueza. La imagen de la «invasión» convierte a los inmigrantes en una amenaza mitad biológica y mitad militar

tanto más agresiva cuanto más desarmados —más desnudos— llegan a nuestras costas. Su pretensión de quedarse en nuestro país los presenta a nuestros ojos privados al mismo tiempo de pasado y de raíces, sin afectos, sin vínculos, sin compromisos, y por ello doblemente peligrosos. Su codicia por nuestra riqueza, que nos hace creer ricos, los transforma a ellos en «parásitos». Entran por rendijas y viven en rendijas y su propia clandestinidad es la que los pone al margen de la ley y de la luz, como intrusos zoológicos siempre acechantes contra los que la razón ha dictado desde el principio la sentencia. Deberíamos matarlos y nos reprimimos; merecen ser fumigados y consentimos en su existencia. Que al menos nos lo agradezcan levantando nuestras casas, limpiando nuestros suelos y recogiendo nuestras cosechas sin protestar.

La verdad es exactamente la contraria: los hemos expulsado de sus países, quieren volver, les hemos robado y les seguimos robando su riqueza.

Si vinieran a invadirnos no harían sino lo que nosotros hemos hecho siempre con ellos; si vinieran a pedir una indemnización, sería un acto de justicia. Pero lo cierto es que la inmigración no hace sino prolongar la misma desigualdad económica y en la misma dirección: es la «segunda era» del tráfico de esclavos bajo una economía libre de mercado que se ahorra ahora los gastos de captura y de traslado de los cautivos. Los políticos y periodistas que denuncian el «efecto llamada» de las denominadas «medidas de gracia» (mediante las que, como en los cuentos antiguos, devolvemos magnánimamente a un animal su forma humana) se olvidan de que a los africanos y latinoamericanos no los llamamos desde España; los hemos expulsado a empujones de sus países de origen. El caso de Senegal, vívidamente presente en este libro, es ejemplar. Según nos cuentan George Monbiot y Felicity Lawrence, gran parte de la población campesina tuvo que abandonar el campo después de que el gobierno senegalés eliminase en 1994 los impuestos comerciales y las empresas europeas

inundasen el mercado con productos subsidiados. Los desplazados recurrieron entonces a la pesca, pero enseguida los superarrastreros europeos –entre ellos los de Pescanova– se apoderaron del sector y expulsaron de nuevo a los pescadores locales. De este modo, los barcos de pesca comenzaron a ser utilizados para transportar emigrantes que –cierre del bucle mortal– han acabado trabajando, cuando sobreviven, en la agricultura subsidiada europea cuyos productos después se venderán en Senegal. El mecanismo «negro» es hasta tal punto estructuralmente eficaz (engrasado por el «efecto llamada» –este sí– del turismo y la publicidad comercial) que la violencia occidental directa se concentra paradójicamente, no ya en las operaciones de selección y transporte, como en el caso de los esclavistas antiguos, sino en las de contención y re-expulsión de la fuerza de trabajo excedentaria.

Los inmigrantes, que no nos invaden, tampoco quieren quedarse. Quieren volver. Sienten el deseo doloroso de regresar. Al contrario que nosotros, conservan lazos fuertes con sus lugares de origen, exigentes vínculos de parentesco, compromisos colectivos a veces onerosos derivados de tradiciones que no pueden ser ignoradas sin deshonor. Llevan encima su pasado. Cruzan desiertos, vadean ríos, desafían océanos, no porque no tengan nada que perder sino porque constituyen la única esperanza para sus familias. ¿Cómo explicar de otro modo las enormes remesas de dólares que los inmigrantes envían a sus países de origen todos los años y que sirven, entre otras cosas, para que los gobiernos locales se desentiendan aún más de sus propias poblaciones? Son la tradición, el amor, la nostalgia, el honor, los que mantienen aún con vida, muy precariamente, el continente africano.

¿Qué queremos de ellos? Queremos que vengan y que no vengan; que entren y que no entren; que estén y que no estén. El cálculo de las metrópolis sigue siendo el mismo que resumía en 1974 John Berger en su bellísimo libro «Un séptimo hombre», cuando eran los

españoles, los italianos, los portugueses y los turcos los que «invadían» las fábricas y los andamios de Suiza y Alemania: los inmigrantes configuran una reserva de mano de obra mucho más manejable que la nacional; su costo para el sistema en términos de capital social es insignificante; su presencia en Europa abarata el mercado laboral local, debilita la fuerza de los sindicatos e introduce divisiones étnico-nacionales entre los trabajadores; su salida de África reduce además las posibilidades de una revolución social en sus países de origen. Queremos que estén. Pero al mismo tiempo queremos que no estén. Queremos que sean buenos, que nos admiren, que nos envidien sin rencor, que no protesten, que no caminen por nuestras calles, que no entren en nuestros bares, que no se dejen ver en nuestros hospitales, que no se sienten en nuestras escuelas, que no tengan cuerpo, que no tengan voz, que no tengan la desfachatez de creerse como nosotros. Era cómodo y hermoso, como en las novelas de Austen, ver sólo el resultado de la explotación colonial, sin tener que tratar con los negros, a los que se azotaba a miles de kilómetros de distancia. Europa podía ser un continente más o menos democrático porque tenía una dictadura en el exterior. Pero ahora que la colonia es *interior*, ahora que ya no podemos delegar en borrosas administraciones imperiales, ahora que colonizamos a los negros sin salir de casa, nuestro mundo es menos cómodo y menos elegante. Se nos exige un ejercicio combinado e ininterrumpido de musculosa propaganda racial y severa represión policial, de degradación simbólica y de exclusión social del inmigrante. Tenemos que ser demócratas en esta acera y dictadores al otro lado de la calle; tenemos que ser humanitarios en nuestros sueños y ferozmente autoritarios en nuestras cocinas. Tenemos que soñar mucho. Y para poder soñar necesitamos, como todos los que han decidido ignorar la realidad, cada vez más policías.

¿Qué quieren ellos de nosotros? También aquí sigue siendo esencialmente válido el cálculo que Berger exponía hace 30 años en nombre de los inmigrantes: «que conseguirá ahorrar lo suficiente con la ra-

pidez suficiente; que su mujer le seguirá siendo fiel; que, mientras, puede organizar las cosas para que algún miembro de su familia venga a unirse a él; que una vez haya conseguido establecerse en su propio país, nunca más tendrá que regresar a éste donde ahora está; que su salud resistirá». Sería quizás más justo y más comprensible que vinieran a invadirnos, a violar a nuestras mujeres, a acuchillar a nuestros niños, a saquear nuestras casas, a torturar a nuestros vecinos y a arrebatar nos nuestros futbolistas y nuestros médicos. O a quedarse, al menos, con nuestros tomates y nuestras sardinas. Pero no. Se juegan la vida para conservar la vida. Vienen para proclamar su humanidad corriente y no pueden hacerlo sin impugnar la nuestra; vienen para proclamar de hecho su derecho a la felicidad, la libertad y el movimiento y no pueden hacerlo sin convertirnos a nosotros en dictadores y en asesinos. Su cálculo es el hombre común; nuestro cálculo es un crimen.

El libro de Eduardo Romero se ocupa de estos dos cálculos. España, el país de Europa en el que más ha crecido en los últimos años, es quizás el que menos atención sociológica y literaria ha prestado a la inmigración. Aparte algunas denuncias abstractas y algunas valoraciones económicas, ya no es que nuestros periodistas no hayan cruzado el mar para explorar la cuestión en su fuente: es que no han cruzado la calle. Eduardo Romero no es periodista; ni siquiera es todavía escritor, pero ha hecho precisamente aquello sin lo cual uno no podrá ser nunca periodista, por muchas noticias que redacte, ni tampoco escritor, no importa cuantos libros publique al año. Eduardo Romero ha hecho lo más arriesgado: ha visto lo que había en la otra acera y se ha atrevido sencillamente a atravesar la calle, donde los dos cálculos —el del hombre común y el del crimen capitalista— se unen inextricablemente. No hace falta ir a Senegal ni a Mauritania ni a Iraq; ni seguir las migas de sangre —a la inversa que en los cuentos— hasta el corazón del bosque. El corazón está aquí. La colonia está aquí. A veces viajamos muy lejos, recorremos enormes distancias, para no tener que doblar la esquina. A veces corremos

grandes riesgos, vibrantes aventuras –al igual y al revés que los inmigrantes– para ignorar trabajosamente la realidad. El libro de Eduardo Romero hace exactamente lo contrario: desde Asturias, desde la ciudad de Oviedo, reproduce todo el mecanismo «negrero», los trayectos individuales, las estructuras económicas, la violencia institucional, los acomodos simbólicos que sitúan a España, y a Europa entera, al margen del Derecho Internacional y fuera del marco de las naciones civilizadas.

El libro de Eduardo Romero reúne diversos textos elaborados sobre un bastidor común. No. Una frase como ésta evoca de inmediato la imagen azarosa de un aventamiento de hojas que caen en el mismo sitio; una polvareda de contingencias sueltas que uno amontona en la misma caja. Los textos de este libro no han sido *reunidos* sino que surgen de un mismo impulso, de un mismo proyecto que es, al mismo tiempo, vital, militante y literario. Todos son interesantes, informativos, inteligentes, movilizadores. Pero hay dos que son además *muy buenos*. Y que, porque son muy buenos, son aún más interesantes, más informativos, más inteligentes y más movilizadores. Me refiero a la historia de S., un arquetipo vivo que narra al mismo tiempo la filogénesis y la ontogénesis de la inmigración, y la de M., el valiente niño marroquí perdido, como Pulgarcito, en el corazón de nuestras instituciones. En las dos, Eduardo Romero es ya, además, un periodista y un escritor, aunque no quiera ser nada de eso o precisamente porque no quiere ser nada de eso. Ha encontrado el tono de un pensamiento, la talla de un sentimiento, la estructura bien articulada que produce el doble efecto que debe acompañar a todo texto brillantemente literario, honestamente literario: el *conocimiento* sin el cual toda emoción es sólo un cascarón vacío y el *reconocimiento* gracias al cual la conciencia misma nos emociona, nos importa, nos compromete. La solución de un problema, la liberación de un pueblo, el establecimiento de la justicia global dependen también, hoy más que nunca, de una decisión literaria; son, como jamás lo fueron

antes, una cuestión de estilo. No es esa la menor virtud de Eduardo Romero –que tantas tiene– y por eso también hay que recibir este libro con agradecimiento.

Y responderle enseguida con algún gesto.

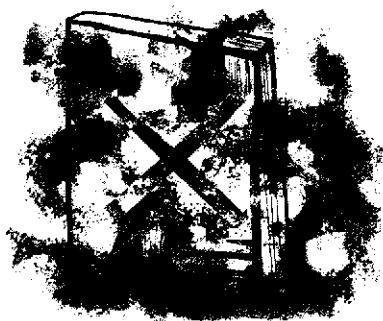
Santiago Alba Rico

*Nota: por razones de estilo, el autor habla de inmigrantes y de hombre, pero es plenamente consciente, y así quiere hacerlo constar, de que estos términos engloban también a «las» inmigrantes, sobre cuyas espaldas se carga un doble peso, y a las mujeres, los transexuales, las lesbianas, los negros y los indígenas, a los que tantas veces se excluye de la Humanidad.

Nuestras víctimas nos conocen por sus heridas y por sus cadenas:
eso hace irrefutable su testimonio. Basta que nos muestren lo que
hemos hecho de ellas para que conozcamos lo que hemos hecho de
nosotros mismos.

Jean Paul Sartre

A la vuelta de la esquina



PRIMERA PARTE

I

Oviedo puede presumir de ser la ciudad más limpia de España. Desde 1994 no ha dejado de recibir premios por este motivo: las vitrinas municipales acumulan Escobas de Plata, de Oro y de Platino. Los eficientes operarios de Fomento de Construcciones y Contratas, Sociedad Anónima, empresa a la que se concedió el servicio privatizado por el Ayuntamiento de Oviedo, se encargan de impedir que cualquier signo de suciedad manche la imagen de una ciudad impoluta. A este objetivo –que las calles y las plazas estén completa y permanentemente desinfectadas– se añade otro de igual o incluso mayor importancia: que los ciudadanos y ciudadanas de la ciudad *noten que se está limpiando*. La imagen cotidiana de los trabajadores de la limpieza regando y regando las calles para eliminar cualquier resto de basura, minutos después de que la lluvia –de presencia habitual– haya hecho el mismo trabajo, ejemplifica la importancia de este segundo objetivo. La ciudad de Oviedo está limpia sobre limpia.

Probablemente sea esta pulcritud uno de los motivos por los que Mariano Rajoy presentaba a Oviedo, en la campaña electoral de mayo de 2007, como modelo de ciudad para todos los municipios del país. Rajoy acudió a la ciudad el día 16 de mayo y ofreció un mitin –abarrotado– en el Auditorio de la misma.

II

La higienización de las calles no es, sin embargo, la única tarea a la hora de asear una ciudad. Quizás por ese motivo, el día anterior a

la visita del líder del Partido Popular, desde hora temprana, la actividad en la Jefatura Superior de la Policía Nacional era particularmente intensa. Al menos dos furgones policiales, cargados de agentes, salían en dirección al barrio ovetense de La Tenderina, más concretamente a la Avenida de Torrelavega número cinco. Poco después, la escena era verdaderamente alarmante para los vecinos de la zona: los vehículos estaban subidos encima de la acera y de ellos descendía un buen número de agentes enguantados, provistos de porras y pistolas y acompañados de varios perros, junto a los que penetraban en el portal señalado. Los furgones permanecieron en el lugar durante varias horas. Un transeúnte que pasaba por allí pudo escuchar cómo los policías, entre registro y registro de los pisos, se organizaban por turnos para «ir a tomar el café».

III

Unos fuertes golpes en la puerta me despiertan súbitamente. Al abrir los ojos, aún aturdido, veo a un hombre junto a mi cama, mientras un perro, que tira con fuerza de su cadena, olfatea cada rincón de la habitación. El hombre está armado y se dirige a mí con voz imperiosa: «levántese y diríjase a la habitación del fondo». Allí encuentro a mis compañeros de piso que, semidesnudos, están tan asustados como yo. Los policías —ahora ya estoy lo suficientemente despierto como para saber que lo son— nos esposan y, a continuación, nos dejan solos y se dedican a revolver ruidosamente toda la casa. Permanecemos en silencio hasta que vuelven a entrar en la habitación y, uno a uno, nos van pidiendo la documentación. Algunos compañeros piden permiso para volver a sus habitaciones, en las que se han quedado todos sus documentos. Otros, que no contestamos en un primer momento, acabamos reconociendo que no tenemos papeles.

Parece que ha pasado una eternidad –y realmente han pasado varias horas– cuando nos ordenan salir del piso, descender por la escalera y, aún esposados, nos introducen en un furgón que está a escasos metros del portal.

IV

Casualmente, el fotógrafo del periódico *La Nueva España*, el más vendido de Asturias, se encontraba en la acera de enfrente aquella mañana. Si estaba allí antes de que llegaran los furgones, es decir, si el periódico fue avisado previamente, resulta imposible afirmarlo. Pero el hecho es que el periodista se encontraba *allí* en el momento oportuno y pudo sacar una foto que acompañaría al titular del periódico del día 16 de mayo, el día en que Mariano Rajoy pondría a Oviedo –delante de miles de fieles– como modelo de ciudad: «Detenidos 30 senegaleses sin papeles de una red que falsificaba CD y DVD». Y es que no sólo es importante que la policía limpie la ciudad. Más importante aún es que la ciudadanía *note que la están limpiando*.

V

Un vecino que vive unos portales más abajo se ha encontrado, al salir por la mañana de casa, con los furgones policiales sobre la acera. Al preguntar por lo que sucedía, los policías le han ordenado que circule, que no tiene nada que hacer allí; pero ha insistido, se ha presentado como miembro de una asociación de apoyo al colectivo inmigrante y ha solicitado hablar con el responsable del operativo. Tras cuchichear entre ellos y consultar por la radio, los policías le han dicho que podrá hablar con su superior en unos

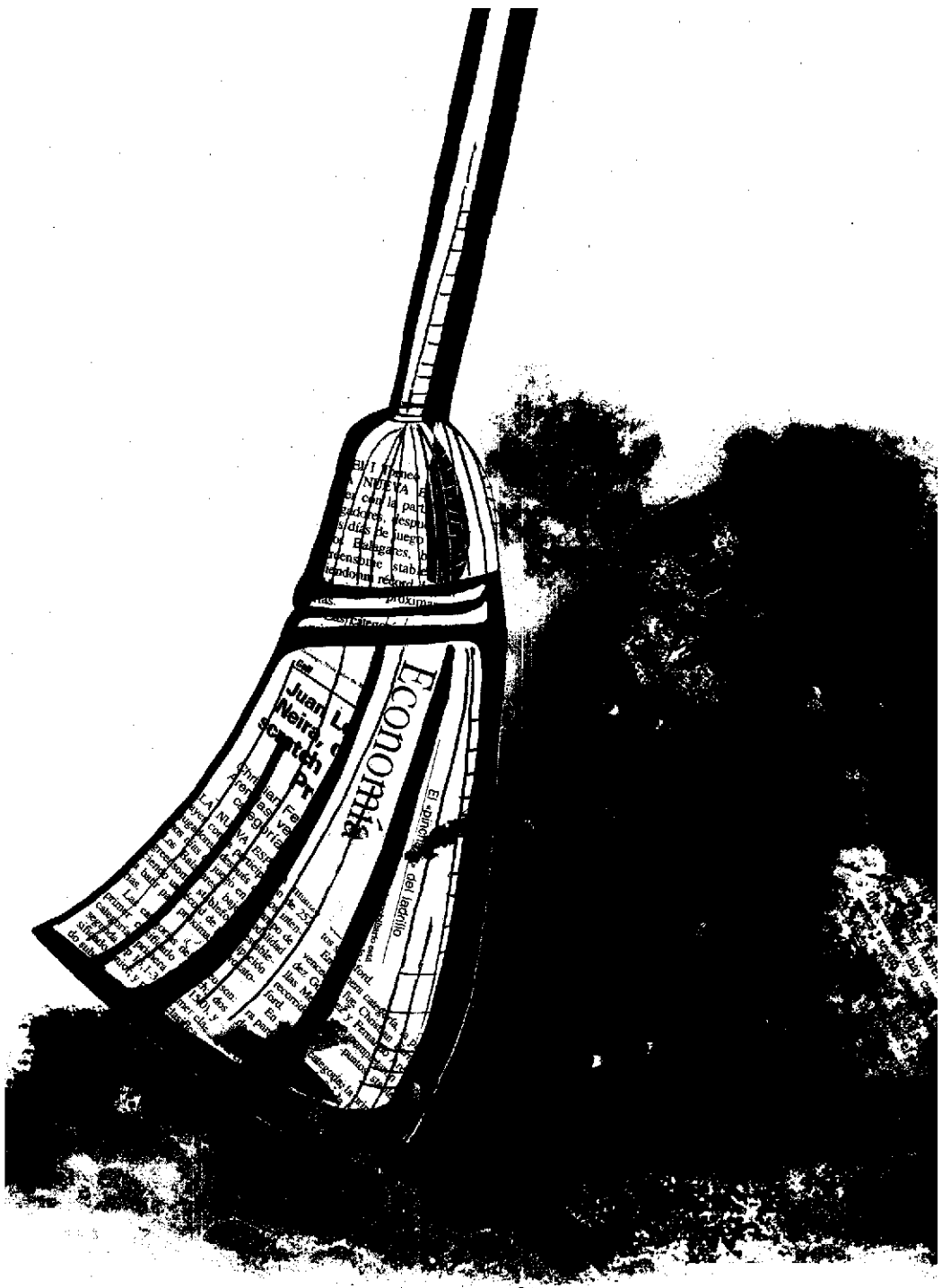
minutos y, mientras tanto, le ordenan que se mantenga apartado. Pronto baja el oficial al mando. «Tenemos orden judicial», señala mientras se quita los guantes de plástico.

No hay más explicaciones, pero al menos es una información relevante. En otros muchos casos, aprovechándose del desconocimiento de la legislación, la policía acaba entrando en las casas en busca de personas sin papeles sin necesidad de una orden. El vecino, nervioso, llama rápidamente a una de las abogadas de su asociación para contarle lo que está viendo. Ella le tranquiliza y le explica que inmediatamente se pondrán a investigar qué pasa y a asistir a las personas detenidas.

VI

La Operación Torres, coordinada por el Grupo de Delincuencia Económica y Tecnológica de la Jefatura de Policía de Asturias, ha sido un éxito. Con la detención de veintinueve ciudadanos senegaleses y uno de Guinea Bissau, se ha logrado dismantelar una importante red de piratería musical y audiovisual. La red se dedicaba además a la copia fraudulenta de ropa, bolsas y relojes de marcas de reconocido prestigio, que eran vendidas en los mercadillos locales de todo el Principado de Asturias. Se han intervenido cuatro torres de grabación –tres de ellas con nueve grabadoras cada una y la cuarta con diez–, 8.600 DVDs, 8.900 CDs, 1.700 relojes, 50 pantalones, 100 bolsos, 114 carteras, 50 gafas de sol, 200 *pasminas*, 120 camisetas, 48 camisas, 50 chándals, dos ordenadores portátiles, una impresora multifunción y seis bolsas grandes con diversas piezas de ropa.

De los treinta detenidos, seis han sido puestos en libertad con cargos tras prestar declaración, nueve han pasado a disposición



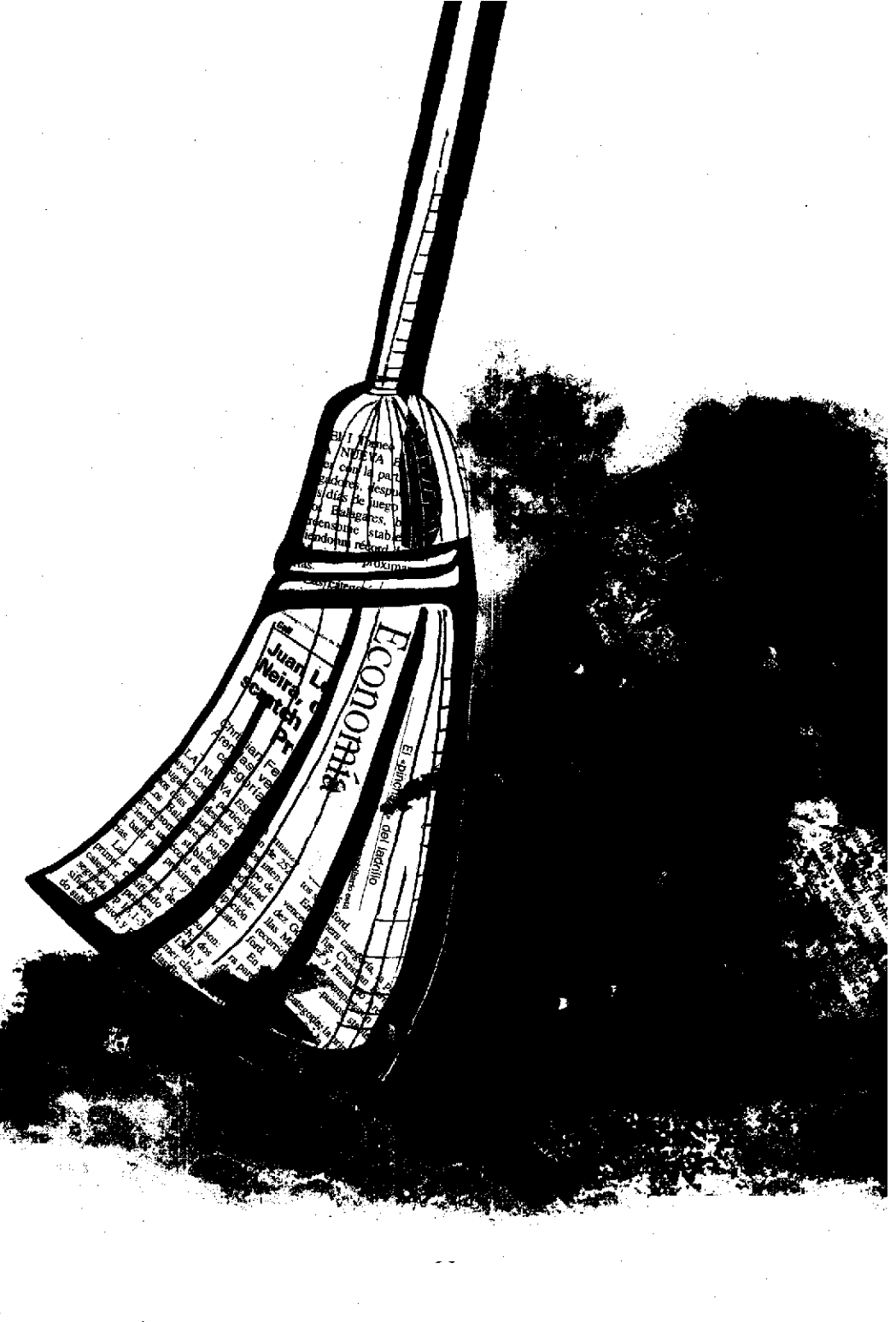
El I...
NUEVA E...
con la par...
edades, despu...
s días de jueg...
o. Balagares, b...
nuestro stable...
nandom record

próximo

Economía

El espíritu del lechillo

Juan Weira
Scotch



judicial, seis se encuentran en trámites para ser ingresados en Centros de Internamiento de Extranjeros y los nueve restantes, que se encuentran en situación de estancia ilegal, serán propuestos para expulsión.

VII

Tengo unas incontenibles ganas de mear. Desde hace varias horas golpeamos la puerta de la celda y gritamos, pero nadie contesta. No sé si por la espera o por el miedo, pero algún compañero ya se ha meado. Llevamos en los calabozos de la comisaría unas doce horas. Aún no nos han dado nada de comer.

VIII

Cuando se trabaja en el periódico *más vendido* de Asturias, conviene tener pocos escrúpulos; sobre todo si de lo que se trata es de *mostrar* a la ciudadanía —en plena campaña electoral municipal— que se está limpiando la ciudad. Conviene, por tanto, que la ciudadanía sepa que los treinta detenidos en la Avenida Torrelavega son senegaleses sin papeles; en todo caso, si alguno de ellos tiene la documentación en regla, o incluso si uno de ellos no es senegalés, comprenderán ustedes que un titular periodístico sólo puede ser un acercamiento —más o menos veraz— a la realidad. Conviene, además, que la ciudadanía *conozca* que los ilegales vivían hacinados en el inmueble. El hacinamiento es un término muy adecuado para hacer visible el grado de

desorden y suciedad en el que suele vivir *esta gente*. Si, en realidad, el inmueble en cuestión consta de cuatro pisos –vivían una media de cinco personas en cada uno de ellos– es un dato que, en todo caso, se puede matizar en el futuro.

Conviene, además, vincular estos hechos con otros que puedan llegar a perturbar la apacible seguridad ciudadana que se respira en la ciudad. Por ello, aprovechando que, en realidad, *todo son noticias de sucesos*, el periódico ha decidido incorporar el siguiente texto al cuerpo de la noticia:

Por otra parte, la Policía detuvo el pasado día once a un hombre que, tras entrar en el piso de otro con las llaves del propietario, le amenazó con dos cuchillos. El arresto se produjo el mismo día en que el detenido llegó a un acuerdo con el dueño del piso en el que vivía de alquiler para abandonar la habitación que tenía arrendada. El casero le pidió las llaves, pero el inquilino le dijo que no podía dárselas porque las había perdido. A las ocho de la tarde, cuando el dueño estaba en la ducha, escuchó ruidos y sorprendió al inquilino en casa, quien, al percatarse de que había sido descubierto, se fue, para regresar al rato y coger dos cuchillos de su antiguo cuarto con los que amenazó a su casero. El propietario pudo esconderse y llamar a la Policía, que detuvo al inquilino, al que le constan 17 arrestos, la mayoría por delitos contra la propiedad y amenazas. Tres días más tarde, los agentes detenían a un joven de 26 años por lesionar a otro. Los hechos se produjeron a las cinco de la mañana del sábado pasado, cuando un grupo de jóvenes se encontró en la calle Canóniga. Se saludaron y comenzaron una conversación trivial que fue subiendo de tono, hasta que uno de ellos golpeó en la cabeza a otro con un vaso de cristal. El agresor, que fue arrestado gracias a la descripción de sus amigos y testigos, confesó a los agentes que había bebido mucho.

IX

Con el miedo en el cuerpo, cuchicheamos entre nosotros. No entendemos nada. Nadie nos ha explicado los motivos de nuestra detención. Las patadas en la puerta del piso aún retumban en nuestros oídos; la escena de los perros husmeando, los policías revolviendo nuestras habitaciones, la salida a la calle esposados, se repite en nuestras cabezas permanentemente.

El lugar es claustrofóbico. La puerta es muy pesada y se cierra haciendo un ruido hermético. La sensación que produce su cierre se suma a que se trata de un calabozo sin ventanas, salvo un pequeño rectángulo precisamente en el centro de la puerta, tan pequeño que sólo puedes apoyar una parte de la cara para tratar de mirar a través suyo. Cuando lo consigues, compruebas que no se ve nada.

Hemos podido, por fin, salir al baño, uno a uno. También nos han traído algo de comer, una asquerosa comida enlatada. Casi nadie la ha comido.

X

La Federación para la Protección de la Propiedad Intelectual de la Obra Audiovisual (FAP) parece satisfecha. Sus seminarios para jueces, fiscales y, muy especialmente, para Fuerzas de Seguridad (Policía Nacional, Autonómicas, Guardia Civil y Policías Locales), con la colaboración de otras entidades como PROMUSICAE, EGEDA y SCAE, han incentivado la actividad policial, logrando un descenso muy acusado de la venta ambulante de material pirata –que se ha reducido un 44 por ciento si nos referimos a manteros y mochileros, y en un 20 por ciento si hablamos de almacenes y

laboratorios— a la vez que se ha incrementado la actividad judicial, con veinte sentencias condenatorias más que en 2006.

En su Memoria de 2007 la FAP destaca, entre otras intervenciones policiales, la Operación Torres, en Oviedo, que supuso la detención de treinta personas, tres de ellas menores, y el registro de cuatro pisos en la Avenida Torrelavega y otro en la calle Cabo Peñas, en los que se intervino abundante material.

XI

Una mujer interviene ante una mesa con unos cuantos micrófonos. Varios colectivos han convocado una rueda de prensa para denunciar la represión policial y para exigir derechos sociales, laborales y políticos para todas las personas.

«El Gobierno los saca de los Centros de Internamiento de Canarias en aviones con destino a la Península, con una orden de expulsión en el bolsillo —que es una condena a la ilegalidad y a la economía sumergida—, para volver a detenerlos en Oviedo por hacer lo único que pueden para tratar de sobrevivir»; «el acoso policial y su tratamiento mediático promueven la criminalización del colectivo inmigrante y son sucios instrumentos de la campaña electoral»; «el tratamiento en comisaría es humillante»; son algunas de las frases que se escuchan en el acto. Se convoca una concentración contra la represión y se anuncia que se recurrirán todas las órdenes de expulsión.

XII

Cuarenta y ocho horas después de nuestra detención, un policía grita mi nombre al otro lado de la puerta, que se abre con sonido metálico. Nos están llamando uno a uno. En una especie de oficina, oscura y fría –pero que a mí me parece luminosa y cálida por comparación–, me entregan unos papeles que me instan a firmar. Me niego. Insisten, pero sin mucho convencimiento. Parece que, en realidad, les da igual. Un abogado de oficio está presente, pero no dice nada. Solamente, cuando me comunican que puedo irme, me da su tarjeta por si quiero recurrir. Recurrir, ¿qué? No entiendo nada aunque, más tarde, la abogada de la asociación me explicará que se trata de un procedimiento de expulsión y que tenemos que actuar rápido, pues tenemos sólo dos días para recurrirlo.

Salgo a la calle. Respiro. No me he alejado ni cien metros de la comisaría cuando suena mi teléfono móvil. Miro la pantalla y veo que es mi madre quien llama. Como siempre, se las arregla para intuir cuándo algo va mal. Me siento sucio, humillado. No contesto el teléfono. Ahora no puedo hablar con ella.

SEGUNDA PARTE

I

S. nació en Dakar en 1981. Es el mayor de cuatro hermanos. Su madre es del sur de Senegal, de una región llamada Casamance, con una larga historia de resistencias contra el poder colonial y, en las últimas décadas, de insurgencias contra el gobierno senegalés. Casamance, al contrario que la mayor parte del país, recibe importantes lluvias durante la estación húmeda, lo que facilita la producción agraria diversa y abundante, sobre todo de arroz y otros cereales. La mayor parte de sus habitantes, de religiones animistas, fueron convertidos al cristianismo durante la colonización portuguesa, aunque han seguido defendiendo su cultura y sus formas de vida hasta el presente. Tras siglos de pugna entre portugueses y franceses por el control de Casamance -una de las primeras fuentes de esclavos para los europeos-, en 1908 Francia logra que se integre, junto a Senegal, en la Federación de Malí, parte del imperio colonial francés. Posteriormente Casamance se integrará en Senegal.

La lengua de Casamance es el diola. S. habla diola fluidamente. De niño pasaba todo el verano en casa de la familia de su madre. S. es de madre cristiana y padre musulmán. Su religión es la musulmana y la lengua que utiliza habitualmente en Dakar es el wolof, hablada por la inmensa mayoría de la población de Senegal. S. practica los ritos musulmanes, aunque cuenta con toda naturalidad cómo, en Casamance, ayudaba a su tío en la matanza del cerdo siendo un niño aún muy pequeño.

II

El alarmante crecimiento del fundamentalismo islámico tiene profundamente preocupadas a las autoridades norteamericanas. Por

ello, Estados Unidos *se ha visto obligado* a ampliar la Iniciativa Pan-Saheliana –que en el año 2002 abría un nuevo frente en la lucha contra el terror en África– con la Iniciativa Transahariana contra el Terrorismo, que además de incrementar los fondos, incluye a nuevos países, entre ellos Senegal. Bases militares, patrullas conjuntas, entrenamiento y equipamiento de los ejércitos de los países africanos, así como una cláusula de ayuda automática en caso de ataque terrorista son algunas de las medidas del nuevo despliegue norteamericano, culminado con el AFRICOM, nuevo comando estadounidense para el continente.

Quizás frustradas por el hecho de que Carlos Sainz no pueda asaltar las dunas con su coche, las autoridades españolas han seguido al pie de la letra esta canción antiterrorista. Miguel Ángel Moratinos Cuyaubé, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de España, ha entendido la consigna. Su Plan África replica los tambores de guerra yanquis: «La creciente difusión de ideologías extremistas, que tienen especial predicamento entre sectores de la población sumidos en la pobreza, ofrece las condiciones para temer que diversas regiones de África –en particular el Sahel y el Cuerno de África– puedan convertirse en zonas de refugio, apoyo logístico y entrenamiento tanto para grupos terroristas autóctonos como para grupos foráneos, y que la región se convierta así mismo en lugar de captación de nuevos reclutas».

III

S. intenta recordar su barrio diez años antes y le resulta un ejercicio sumamente difícil. Sigue viviendo en la casa donde nació pero el crecimiento de la ciudad es vertiginoso. Las casas se amontonan unas encima de otras, aprovechando cualquier resquicio de suelo. Una buena parte de su familia, que vivía en el pueblo, se

ha trasladado a Dakar. En cuanto han conseguido ocupar una pequeña parcela, se han puesto a construir su propia casa, utilizando retazos de una infinita variedad de materiales. S. se pregunta muchas veces de dónde habrán salido esa chapa que hace de puerta o esos pedazos de madera que completan la ventana. La capacidad de reciclaje de la población de Dakar es ciertamente sorprendente.

IV

En los últimos años el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Africano de Desarrollo o el Club de París han condonado una parte importante de la deuda externa senegalesa. A cambio, Senegal se ha convertido en un alumno modélico de las instituciones financieras internacionales, como lo demuestra la campaña de privatizaciones iniciada en 1995. La venta de SONACOS, empresa estatal agrícola que canalizaba los ingresos del setenta por ciento de la población rural senegalesa, fue una de las condiciones impuestas por el programa de reducción de la pobreza. Mientras se desmantela la agricultura local, el treinta por ciento de las importaciones senegalesas son productos alimenticios: la población urbana se ve obligada a comprar arroz, trigo, azúcar y leche importados; en el medio rural, se consume mijo y sorgo procedentes del mercado mundial.

Para disminuir la dependencia de las importaciones de alimentos, el gobierno senegalés ha aprobado recientemente la Gran Ofensiva Agrícola por la Nutrición y la Abundancia (GOANA). Este plan de desarrollo supone importantes inversiones –525 millones de euros– en las principales zonas agrícolas: en el valle del río Senegal, la región del lago de Guiers y el Bassin de l'Anambé en el norte del país; en el sur, en los valles de los ríos Gambia y

Casamance. Como si Senegal no hubiera sufrido *en su propia tierra* los efectos de la intensificación agrícola y la marginación de las agriculturas campesinas, la historia se repite: la iniciativa ofrece abundantes subvenciones para la compra de abonos, semillas, productos fitosanitarios y maquinaria agrícola, además de exenciones fiscales y la posibilidad de transferir al extranjero todos los beneficios de las explotaciones agrícolas. Así, el gobierno español avisa a las empresas del gran potencial de la agricultura *contre-saison*, aprovechando la experiencia de zonas como Almería y Murcia. Existe además un relevante interés empresarial en la producción de agrocombustibles mediante la plantación de *jatropha* y otras oleaginosas.

V

Muchos de los amigos con los que S. juega, bajo el ardiente sol, en las callejuelas de tierra y arena, han llegado recientemente a la ciudad. A S. le gusta escuchar a su madre y a su tía cuando hablan sobre la vida en el campo. Su tía se queja de que el desierto avanza en muchos lugares y las lluvias son cada vez más escasas. Maldice a los franceses por haber impuesto el monocultivo de cacahuete, que empobrece los suelos y favorece la desertización. Cuenta las largas horas dedicadas a buscar agua, en pozos cada vez más alejados del pueblo. Se ha convertido en una verdadera experta en reconocer las plantas que arden bien, pero su sabiduría no impide que cada vez sea más difícil encontrarlas.

Como todo el mundo tiene algún familiar en Dakar, miles y miles de personas acaban trasladándose a la capital con la esperanza de obtener un trabajo. La vida en la ciudad no es, sin embargo, exactamente *urbana*. Los partidos de fútbol que se juegan delante de la casa de S. no se ven interrumpidos por el tráfico de coches

que circulan por la calle, sino por la infinidad de ovejas y cabras que deambulan por el barrio y participan del reciclaje diario, comiéndose cualquier cosa que se encuentran: desde restos de comida hasta pedazos de cartón.

VI

Aunque más de la mitad de los doce millones de habitantes de Senegal aún viven fuera de los centros urbanos, la política de ajuste estructural impulsada por el Fondo Monetario Internacional –y aceptada por las élites senegalesas– ha provocado, como en muchos otros países africanos, el éxodo de la población rural, que llega en gran número a la capital en busca de trabajo. Sin embargo, las posibilidades de encontrar un empleo en la ciudad son escasas, puesto que los sectores más dinámicos de la economía urbana –el comercio, la pesca y la construcción– también se encuentran en crisis.

La campaña de privatizaciones ha tenido como consecuencia el alza del precio de los servicios básicos –en 2007 el agua, la electricidad y el gas subieron casi un seis por ciento–. Mientras las cifras oficiales sitúan la tasa de desempleo por encima del cuarenta por ciento, alimentos básicos como los cereales, las oleaginosas y los lácteos han subido en el mismo período entre un veinte y un sesenta por ciento.

VII

Con quince años, S. ya tenía el convencimiento de que su futuro, del que dependía también el futuro de su familia –por algo es el

hermano mayor—, estaba lejos de Dakar. Probablemente no viajaría hacia el sur, hacia Gambia y Casamance, sino hacia el norte, hacia Mauritania o El Magreb. En aquel momento S. no pensaba en Europa, aunque empezaba a ver cómo algunos compatriotas —pocos— volvían de *allí* con los suficientes ahorros como para construirse una casa. Quienes emigraban pertenecían a los sectores más acomodados de la sociedad senegalesa y, en aquel momento, viajaban a Europa en avión. Algunos eran amigos de S. aunque la mayoría, cuando volvía con dinero, se olvidaba de sus antiguas amistades.

VIII

Rodrigo Rato, director del Fondo Monetario Internacional, se ajusta la corbata, se retoca los lentes y, mirando a los ojos a las mujeres y a los hombres de la primera fila, finaliza su discurso:

«Señores ministros, señores gobernadores, damas y caballeros:

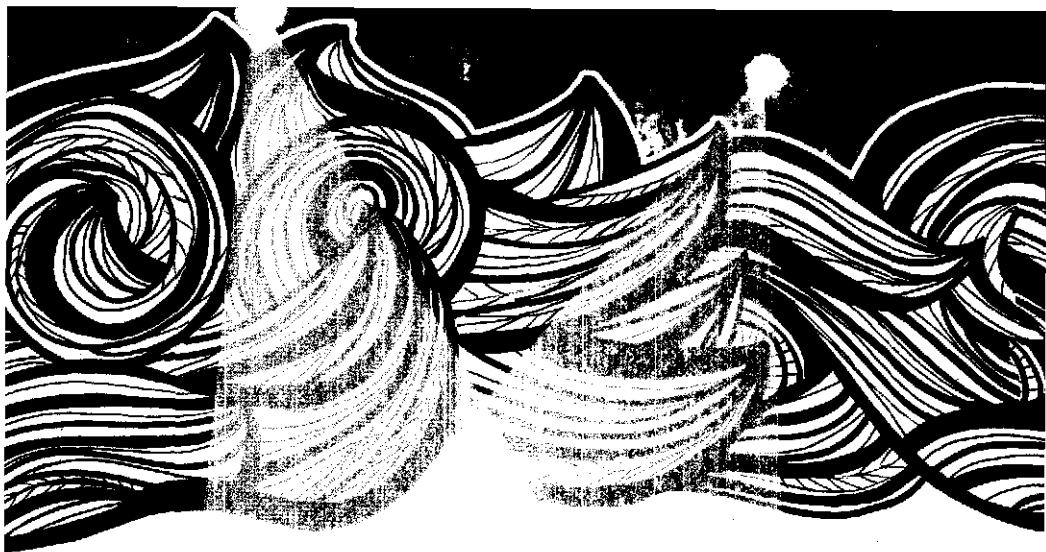
Es natural que durante estas Reuniones Anuales una gran parte de las deliberaciones se haya centrado en los requisitos en materia de política económica de la propia África y en el papel que ha de desempeñar el FMI para ayudar a los países miembros del continente. Ahora bien, es indudable que otras partes interesadas, incluidas las economías avanzadas, también están llamadas a contribuir, y el FMI continuará recordándoles sus responsabilidades en dos temas concretos: proporcionar más asistencia para el desarrollo, mejor coordinada, y dar más oportunidades a las exportaciones de los países de África. Abrir los mercados de las economías avanzadas a las exportaciones de estos países y eliminar las subvenciones que distorsionan el comercio en estos mercados son cuestiones que están sobre la mesa en las nego-

ciaciones comerciales de la Ronda de Doha. Esta es una oportunidad crucial para progresar significativamente en la liberalización del comercio multilateral, que beneficiará auténticamente a los países más pobres. Puedo asegurarles que, a este respecto, el FMI seguirá defendiendo sus intereses.»

IX

Saint Louis, fundada por una expedición francesa a mediados del siglo XVII en una isla formada en medio del río Senegal, conserva gran parte de la ciudad colonial. Capital del África Occidental Francesa y, posteriormente, de Senegal, fue uno de los enclaves estratégicos del imperio francés. La historia que contiene esta ciudad la convierte en un destino turístico de cierta importancia. Pero hoy en día Saint Louis es, sobre todo, una ciudad de pescadores. En su último tramo, antes de la desembocadura en el Océano Atlántico, el río corre paralelo a la línea de costa. En los pocos centenares de metros que separan el río del océano, frente a la ciudad colonial, se aprietan los barrios populares, en los que viven miles de familias dedicadas a la pesca.

La ciudad se encuentra unos centenares de kilómetros al norte de Dakar, cerca de la frontera con Mauritania. S., que ya había practicado la pesca artesanal, sin mucho éxito, en varias de las centenares de pequeñas embarcaciones que se adentraban en el océano desde Dakar, quiso probar fortuna y partió por vez primera hacia el norte. Pronto encontró empleo. La pesca de la sardina daba mucho trabajo, demasiado trabajo para muy poco dinero, insuficiente para poder sobrevivir en Saint Louis y, además —pues de eso se trataba fundamentalmente—, enviar una parte a su familia. A los pocos meses de su partida, S. vuelve a casa.



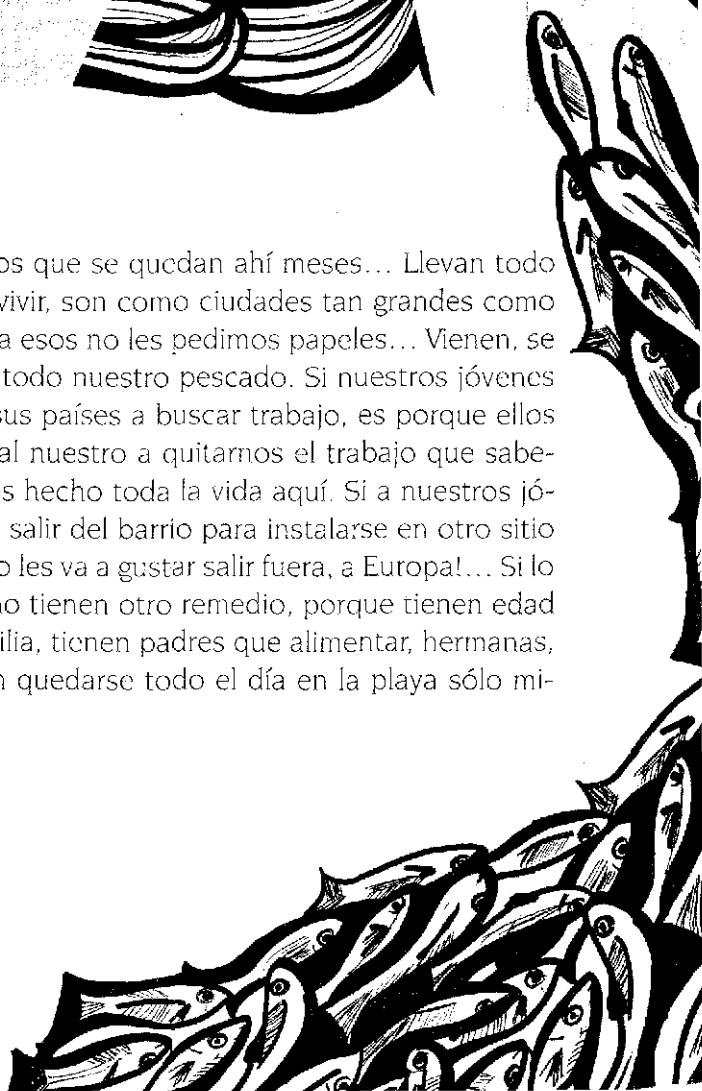
X

En el local del Comité del barrio de Guette Ndar —uno de esos barrios apretados entre el río y la costa— miembros de Andalucía Acoge se reúnen con un amplio grupo de vecinos. Habla un anciano, autoridad tradicional del barrio: «Nuestros jóvenes se van porque aquí no queda trabajo que hacer; este ha sido siempre un barrio próspero, la gente trabajaba. Unos iban lejos, en grandes barcos durante una semana; otros cada noche salían a pescar y al amanecer traían suficiente pescado para que las mujeres vendieran durante el día. El pescado se vendía no sólo en la región de Saint Louis sino que iba al resto del país. Los últimos años han sido la catástrofe. En las aguas mar adentro frente a nuestra costa pescan los blancos, sus grandes barcos arrasan con todo el pescado, podemos ver las luces desde aquí, hay 'grandes ciuda-





des': son los barcos que se quedan ahí meses... Llevan todo lo necesario para vivir, son como ciudades tan grandes como nuestro barrio... Y a esos no les pedimos papeles... Vienen, se instalan, se llevan todo nuestro pescado. Si nuestros jóvenes tienen que irse a sus países a buscar trabajo, es porque ellos han venido antes al nuestro a quitarnos el trabajo que sabemos hacer y hemos hecho toda la vida aquí. Si a nuestros jóvenes no les gusta salir del barrio para instalarse en otro sitio de la ciudad, ¡cómo les va a gustar salir fuera, a Europa!... Si lo hacen es porque no tienen otro remedio, porque tienen edad de formar una familia, tienen padres que alimentar, hermanas, hijos. Y no pueden quedarse todo el día en la playa sólo mirando el mar».



XI

Los meses en Dakar discurren lentamente. El salario del padre de S. en la empresa de tratamiento de fosfatos es el único –y pequeño– ingreso, puesto que su madre, que había encontrado fácilmente trabajos en el sector de la limpieza cuando emigró a Dakar desde Casamance, últimamente no encuentra ningún empleo. De pequeño su padre prometía a S. que le llevaría a trabajar con él cuando fuera mayor. Las privatizaciones de las empresas mineras –con relevante participación de capital español– han hecho imposible que pueda cumplir su promesa.

XII

Una vez comprobado que Saint Louis tampoco es una alternativa, S. decide viajar un poco más lejos. Nouackchott, más al norte, está ya en territorio mauritano. También es una ciudad de pescadores y comerciantes... de pescado. Esta vez S. viaja por mar, en una de las numerosas embarcaciones repleta de pescadores que se dirige a Nouackchott desde Dakar para aprovechar los mejores meses de la pesca en la costa mauritana.

La patera en la que S. se enrola se dedica a la pesca del *pune*. Se trabaja de sol a sol. Para ahorrar el máximo dinero, S., junto con algunos compañeros, vive en una tienda de campaña. El dueño de la patera exprime a los pescadores hasta la extenuación. Todos los días se las arregla para recordarles que no puede pagarles más. «Me pagan una miseria por la mercancía en el puerto» –protesta cada vez que vuelven a la costa–, «pero la gasolina para la patera y la comida para vosotros no hacen más que subir».

XIII

La Oficina Económica y Comercial de España en Dakar informa y asesora a las empresas que quieren invertir en Senegal. «Actualmente, la pesca es el único sector económico en Senegal donde las empresas españolas tienen una posición de liderazgo, en buena medida a través de empresas mixtas, que *formalmente* son de capital senegalés mayoritario. La realidad del control efectivo de la empresa *puede ser otra*, pero en todo caso ello permite faenar aun en ausencia de Convenio de Pesca con la Unión Europea, como sucede en la actualidad».

XIV

El trabajo en Nouackchott —que se termina con el fin de la temporada de pesca— da para llevar un poco de dinero a la familia y pagar el viaje de vuelta. De nuevo toca buscar un empleo en Dakar. Durante unos meses, S. trabaja en la construcción y, más tarde, se enrola en la campaña del cacahuete. Cuando finaliza, no aparecen más trabajos.

XV

A las cuatro y media de la mañana, cuando S. comienza a descargar cajas en el puerto de Nouadhibou —cientos de kilómetros más al norte que Nouackchott, también en la costa mauritana—, el frío es muy intenso. Esta vez S. ha tenido que viajar por tierra, pues no ha encontrado ninguna expedición marítima a la que sumarse. El viaje ha sido muy pesado y ha durado varios días, pues la carretera que une Nouadhibou y Nouackchott —pegada a la costa— es-

taba impracticable salvo en las horas de bajamar. Los coches se detienen en medio de la carretera y esperan durante horas hasta que el mar les vuelve a dejar paso.

Quizás no haga falta repetir que el salario es escaso. Da para pagar una pequeña y sucia habitación compartida con varios compatriotas y permite juntar, muy poco a poco, una magra cantidad de dinero. Tras varias semanas descargando en el puerto, S. utiliza el puñado de *ouguiyas* acumuladas para comprar pescado, que luego trata de vender en el mercado. Al menos la tarea es mucho más llevadera y tiene la sensación de que nadie le explota.

Los estímulos para tratar de viajar a Europa han crecido enormemente en estos años de migraciones interiores. Cada experiencia demuestra a S. que el objetivo de sostener a su familia desde Saint Louis, Nouadhibou o Nouackchott es imposible. Como mucho, puede encontrar sustento para sí mismo, pero eso también lo puede hacer en Dakar sin necesidad de salir de casa y despertarse cada día añorando la vida familiar. Aunque conoce los peligros que entraña el viaje hasta Canarias, los que vuelven tras años en Europa —al menos por lo que se ve— han podido acumular lo suficiente para vivir holgadamente en Dakar.

XVI

Las remesas de los emigrantes senegaleses son de unos 600 millones de dólares al año —aunque algunos cálculos establecen que realmente son del doble de esa cantidad—. A pesar de que a las instituciones financieras internacionales, a los países de la Unión Europea y al gobierno senegalés les gustaría que dichas remesas se invirtiesen *productivamente*, el hecho es que los emi-

grantes se empeñan en dedicar un setenta por ciento al consumo familiar, es decir, a contribuir a que sus familias tengan vivienda, agua, luz, ropa y comida.

XVII

Dicen del tren que une Nouadhibou y Zoucrat que es el más largo del mundo. Sus tres kilómetros de longitud le permiten transportar miles de toneladas de hierro, salvando los setecientos kilómetros que separan las minas de la costa. Grandes buques esperan en el puerto la llegada del mineral para trasladarlo a Europa. Desde la costa, algunos inmigrantes —entre los que se encuentra S.— observan los barcos y sueñan con viajar en ellos. La vigilancia es estricta, sobre todo de aquellos más cercanos al puerto. S. cree que podría llegar nadando al primero de ellos y calcula la hora más adecuada para hacerlo. Al final de la noche —sobre las cuatro de la mañana— la guardia tiende a flojear por el sueño.

De todos modos, no quiere precipitarse y prefiere estudiar bien esta posibilidad. Ha escuchado la historia de unos chicos senegaleses que llegaron así a Italia, aunque también sabe que en otras muchas ocasiones las tentativas acaban en fracaso. Las historias son numerosas. Unos compatriotas, que se subieron en un buque con destino a Francia, fueron descubiertos una noche, en alta mar, cuando salieron de su escondite para tratar de conseguir comida. El capitán avisó inmediatamente a las autoridades francesas. Cuando bajó a hablar con ellos y le contaron sus vidas, se arrepintió inmediatamente de lo que había hecho, impresionado por los motivos que les empujaban a llegar a Europa y la situación de sus familias en Senegal. A la llegada, fueron detenidos, fichados e interrogados. De manera completamente irregular, fueron devueltos en un barco que hacía el trayecto inverso.

Otros compañeros, que lograron esconderse en un barco holandés y no fueron descubiertos, desembarcaron en Europa. De noche, cuando salieron del barco, un anciano de la costa holandesa les ayudó, indicándoles por señas —pues no había otra forma de entenderse— que lo acompañaran. Permanecieron en su casa, situada al lado del puerto, durante una semana, a la espera de que les diera el aviso de que podían salir y sortear los controles policiales. Les llevaba comida cada día y trataba de pedirles paciencia, a pesar de que le costaba mucho hacerse entender para tranquilizarles. Un día que tardó en volver, nerviosos, salieron y fueron inmediatamente detenidos y repatriados.

XVIII

«Gracias a su estratégica situación geográfica en África Occidental, Mauritania constituye una alternativa óptima para el suministro de mineral de hierro destinado a las plantas siderúrgicas de *ArcelorMittal* en Europa», afirma Aditya Mittal, director financiero y miembro de la dirección general de *ArcelorMittal*. El grupo siderúrgico ha suscrito un acuerdo de intenciones con la firma mauritana Société Nationale Industrielle et Minière (SNIM) para desarrollar de manera conjunta un proyecto de extracción de mineral de hierro en el yacimiento de El Agareb (Mauritania), que contiene más de mil millones de toneladas de magnetita, según las estimaciones de la compañía. En la primera etapa de desarrollo del proyecto se llevarán a cabo actividades de exploración y un estudio de viabilidad, mientras que la posterior ejecución del proyecto se realizará a través de una *joint venture* constituida por las dos compañías.

ArcelorMittal ha llegado también a un acuerdo con el gobierno senegalés para explotar las minas de hierro en la región de la Falè-

me, en el sudeste del país. La explotación comenzará en 2011 y se alcanzará una producción máxima de entre 15 y 25 millones de toneladas anuales. Entre los grandes proyectos del Jefe de Estado, Abdoulaye Wade, se encuentra, precisamente, la construcción de vías férreas para conectar el puerto de Dakar con las minas de hierro de la Falème y las de fosfatos de Matam.

XIX

Tres de los compañeros de S. quieren probar ya. Han conseguido unos planos para estudiar el interior de los barcos, pues si te introduces en el almacén equivocado puedes acabar aplastado por toneladas de hierro. Llevan comida y agua para varios días, además de medicamentos para soportar el viaje –evitando mareos y vómitos– y material para envolver las heces y evitar ser descubiertos por el olor. Sin embargo, los miedos de S. eran fundados: la tentativa es precipitada, se hace en un período de muchos controles y los tres hombres que lo intentan pronto son expulsados de Mauritania.

XX

Varios ciclos de semanas de carga en el puerto y de comercio de pescado –gastando lo mínimo para sobrevivir–, permiten a S. ahorrar lo suficiente para viajar más al norte. Informado de que se prepara una expedición para viajar a El Aaiún, en territorio saharauí, decide pagar una buena cantidad de dinero –prácticamente todo lo que tiene– para incorporarse al viaje. Pronto parten de Nouackchott en una especie de camioneta, abierta en la parte trasera. Durante días y días viajarán en vehículos similares, cru-

zando el desierto. Cada cierto tiempo, tendrán que bajarse y caminar para rebajar el peso de la camioneta y permitir que ésta suba las colinas más pendientes. En la parte trasera, se produce una permanente pugna por ocupar los sitios más internos, pues al borde, con los bandazos del viaje, corre el peligro de caer y quedar abandonado en medio del desierto. S. aprovecha una de las veces que tienen que caminar y salvar una colina para correr, llegar el primero y ocupar un lugar privilegiado, pues hasta entonces le habían situado al borde de la caída y sufría continuos empujones. A pesar de las amenazas, se mantiene firme y no se mueve de su nuevo lugar.

El viaje parece no acabar nunca. El frío de la noche, el calor del desierto a pleno sol, las caminatas, los golpes en la camioneta, la escasez de comida y agua y el miedo a ser descubiertos convierten este viaje en el más agotador que S. jamás ha realizado —incluso de más duro recuerdo que los que experimentará en el océano—. Cuando por fin llegan a El Aaiún, evitan la ciudad y se dirigen a una zona de bosque, en la que permanecerán durante días a la espera de la consigna para acercarse a la costa y embarcar. Pero el momento nunca llega. Como ha sucedido desde que salieron de Nouackchott, S. siente que los inmigrantes no tienen ningún control sobre el viaje. Pagan y esperan que les faciliten el trayecto a Canarias, pero saben que en cualquier momento pueden ser traicionados. Durante la espera, son un buen negocio para quienes les han traído hasta allí, pues les visitan cada día para venderles comida, tabaco y agua a precio de Europa, aprovechándose de su aislamiento y desesperación. Llevan ya veinte días viviendo en el bosque cuando son efectivamente traicionados. Una noche les rodean policías marroquíes, que gritan amenazas y disparan al aire. S. se sienta en el suelo, muerto de miedo, con las manos tapando su cabeza. Otros corren angustiados, pero pronto son detenidos.

XXI

Amaury Sport Organization condena la amenaza terrorista que ha afectado a un año de trabajo, de compromiso y de pasión de todos los participantes y de los diferentes actores del *rally* más grande del mundo. Conscientes de la inmensa frustración, especialmente sentida en Portugal, Marruecos, Mauritania y Senegal, al igual que por todos los fieles socios, y más allá de la decepción general y de las duras consecuencias económicas, en términos de ganancias directas e indirectas, para los países implicados en la carrera, A.S.O. continuará defendiendo los valores que guían los grandes eventos deportivos y seguirá luchando *por el desarrollo sostenible* a través de las acciones del Dakar, realizadas desde hace cinco años en el África Subsahariana con S.O.S. Sahel Internacional.

El Dakar es un símbolo, y nada puede destruir los símbolos. La anulación del 2008 no pone en duda el futuro del Dakar. Proponer para el 2009 una nueva aventura a todos los apasionados del *rally-raid* es un desafío que A.S.O. sabrá superar en los meses que vienen, fiel a su compromiso y su pasión por el deporte.

XXII

La policía marroquí toma nuestras huellas y nos fotografía. Antes, nos han insultado y robado lo poco que nos quedaba. Los dos días que permanecemos en una celda los ocupamos en preguntarnos por nuestro destino. Algunos compañeros, que ya han vivido situaciones parecidas, aseguran que nos abandonarán en la frontera argelina. Efectivamente, emprendemos de nuevo un largo viaje, esposados, hacinados en un autobús repleto, con destino a la región de Oujda. Allí nos apuntan con sus fusiles y nos obligan a bajar, en medio del desierto. Llevamos muchos días –entre la

espera en el bosque, la celda y el viaje— con muy poca comida y agua, pero logramos caminar —orientados por un grupo de argelinos— hasta una población cercana. En sus alrededores pasaremos los siguientes ocho meses.

XXIII

El grupo duerme en el desierto, bajo un soporte de madera que construyen entre todos. Por la noche hacen fuego para no morir-se de frío. De madrugada, se acercan al pueblo, donde les recoge un empresario agrícola para el que trabajan hasta las tres de la tarde por un puñado de dinares (al cambio, cinco euros diarios). En el período en el que S. permanece allí, plantan y recogen cosechas de patatas, cebollas, tomates... En el improvisado campamento hay gentes de Senegal, de Nigeria, de Camerún, de Mali, de Ghana, de Guinea Conakry; también —aunque menos— de Costa de Marfil y de Burkina Faso.

XXIV

Unos meses después, S. hace un nuevo intento de entrar en territorio marroquí. Llegará hasta Rabat subido clandestinamente, junto a otros compañeros, en un tren de mercancías. Allí entran en contacto con una red que se encarga de organizar los viajes a Europa. Se alojan en habitaciones compartidas y compran ropas que les permiten pasar desapercibidos en la ciudad. Tras una semana, y de nuevo aprovechando la oscuridad, salen de dos en dos hacia una nueva camioneta que les espera para conducirles a Casablanca.

El riesgo de detención por parte de la policía marroquí es constante. Finalmente, tras haber terminado con los pocos ahorros que les quedaban, S. y sus compañeros de viaje son conducidos hacia el sur, hasta una playa en la que embarcan en una patera. La noche parece propicia, pero poco después de salir de la playa, aún muy cerca de la costa, el océano comienza a mostrarse embravecido. La patera naufraga en pocos minutos. S., muy fuerte y buen nadador, logra rescatar a un compañero, con el que alcanza la playa. Lo deja sobre la arena y aún tiene fuerzas para lanzarse al agua y dar voces en busca de más supervivientes. Encuentra a otro de los naufragos y, con agónico esfuerzo, arriba con él a la playa. Sus músculos están ahora completamente atrofiados y se encuentra exhausto. Volver al mar sería un suicidio. Ya es imposible salvar a nadie más.

XXV

Cultura, aventura y relax en África. Un paraíso para los aventureros. ¡Viaja con nosotros a Senegal! Podrás visitar la casa de los esclavos, en la que veremos en qué condiciones se les tenía hasta el momento de embarcar en los barcos negreros. Te relajarás en la playa de Cap Skiring. Conocerás el lugar donde terminaba la última etapa del rally Dakar y, en 4x4, *pasearemos* por la playa y saltaremos por las dunas hasta la hora de comer marisco en alguno de los lujosos restaurantes de la ciudad. Viajaremos a Saint Louis y podrás admirar la ciudad a través de una ruta en calesa. Tras hacer las correspondientes compras para irnos de aventura, visitaremos a las etnias que viven en las montañas y tomaremos contacto con sus costumbres y su cultura. De vuelta al campamento base, dejaremos que cada uno conecte a su manera con la naturaleza, bien tocando la arena o mirando las estrellas o sintiendo el viento o descansando en la cima de una colina de arena.

XXVI

Tirado en la playa, trato de encontrar un poco de oxígeno. Aún estoy vomitando cuando llega la policía marroquí, alertada del naufragio. Sin tiempo para asimilar la tragedia, nos amenazan con sus fusiles. A culatazos me obligan a introducirme en uno de los vehículos policiales. A algunos compañeros les arrastran hasta los coches, pues les es imposible moverse a pesar de los golpes y amenazas. No puedo describir los dos días que pasamos en la celda de la comisaría marroquí. Directamente los he borrado de mi memoria. El autobús nos lleva por un trayecto ya conocido. El destino, Oujda, en la frontera argelina.

XXVII

Sin dinero, desesperado, S. logra que un amigo —no quiere que su familia se entere de que ha intentado viajar a Canarias en patera— le envíe el dinero suficiente para volver a Dakar. Junto a otros compañeros senegaleses, se las arregla para conseguir que un argelino les lleve en coche, por un precio razonable, hasta Mali. Allí podrán coger un autobús que, pasando por Bamako, acceda a Dakar por el interior del país.

XXVIII

Nunca se subyugará lo suficiente que Senegal es un país con riesgos, y que es uno de los países más pobres del mundo. Lo primero impone la máxima prudencia. Lo segundo limita el mercado. Toda identificación de oportunidad debe ser filtrada por estas consideraciones. Hay que tener en cuenta que el perfil de Senegal

para el empresario español es fundamentalmente el de proveedor de recursos naturales (pesca y fosfatos, también hierro en forma de chatarra).

XXIX

La vuelta a Dakar es deprimente. S. no cuenta nada a su familia, que cree que vuelve de pescar en Mauritania. A pesar de que necesita desahogarse, no quiere trasladarles su sufrimiento. Además, se siente mal porque no ha podido traer nada para contribuir a la economía familiar. De hecho, está peor que cuando partió por vez primera, pues ahora debe dincro del viaje, aunque sabe que su amigo nunca se lo va a pedir.

S. ha pasado fuera de Senegal más de dos años y lo que se encuentra en Dakar es desalentador. La ciudad sigue creciendo al mismo ritmo que su miseria. Ahora es imposible encontrar trabajo, aunque sea temporal. No queda otra: S. —como si la explotación laboral, el naufragio, el frío del desierto o las pistolas apuntándole no hubieran sucedido nunca— empieza de nuevo. Habla con su madre y le explica que debe volver a marcharse, que espere enviarles dinero pronto. Ella le despide una mañana, en la puerta de casa, y le desea suerte. Ambos contienen las lágrimas para no mostrar la infinita tristeza que les envuelve.

XXX

Abdulaye Wade, presidente senegalés, pretende construir, con financiación internacional, una nueva capital, un nuevo aeropuerto, una nueva autopista de peaje, un puerto minero, una ciudad

de los negocios... Dado que los doce millones de habitantes de Senegal, con un poder adquisitivo casi nulo, son de escasa relevancia para las oportunidades de negocio de las empresas españolas, éstas deben estar atentas a las posibilidades abiertas por estos «grandes proyectos del Jefe de Estado».

La ciudad de los negocios será un enorme complejo inmobiliario construido en el lugar donde se ubica actualmente el aeropuerto. Mediante la creación de infraestructuras y servicios adecuados, se promoverá la instalación de los cuarteles generales de grandes multinacionales interesadas en acceder al mercado africano a través de Dakar. La creación de un gran polo financiero y de negocios se completará con el desarrollo de una legislación particular que garantizará exenciones fiscales y seguridad para los grandes capitales extranjeros.

El nuevo aeropuerto permitirá, por otro lado, impulsar el turismo, alcanzando la cifra de un millón y medio de visitas turísticas en 2010. Con motivo de la cumbre de la Organización de la Conferencia Islámica en Dakar, en marzo de 2008, se han construido cinco hoteles de cinco estrellas en la ciudad. Asimismo, está proyectada la construcción de tres nuevos emplazamientos de turismo de lujo en la zona de la Petite Côte, al sur de Dakar.

XXXI

Nouadhibou es, de nuevo, el primer destino. La historia se repite: S. trabaja descargando pescado en el puerto y, en cuanto se ve con unos cuantos billetes en el bolsillo, se dedica a la compraventa de pescado. A pesar de que se había dicho a sí mismo que nunca más lo haría, el objetivo vuelve a ser ahorrar dinero para pagar el viaje en patera a Canarias.

XXXII

He perdido la cuenta de los días que llevo encerrado en esta celda. Hacía tiempo que veía demasiada policía por las calles de la ciudad. Una noche, nos detuvieron a decenas de senegaleses y malienses y nos encerraron aquí. Vivimos apretados en una habitación sin ventanas y con una puerta enrejada, a la espera de un destino que todos conocemos: nos devolverán a la frontera. Me han insultado, aunque he tenido suerte de no ser golpeado. Muchos compañeros llegan doloridos y cuentan los maltratos sufridos. Uno de los policías ha tratado de robarme pero le he jurado que se moriría si lo hacía, pues era dinero ganado con el sudor de mi frente. Creo que me ha visto firme porque ha desistido.

Las autoridades mauritanas esperan que seamos suficientes para llenar un autobús en el que nos enviarán a Rosso. No tienen prisa, porque mientras estamos en el centro de detención pueden enseñar su botín. Una mujer española ha pasado por el centro y nos ha estado observando —desde fuera de las celdas—. Luego nos han explicado que era del gobierno español. Cuando definitivamente nos expulsen, nos obligarán a cruzar el río Senegal y estaré —una vez más— en el punto de partida.

XXXIII

Ante las avalanchas procedentes de Mauritania —se dice que medio millón de africanos acechan sus costas con la intención de embarcarse hacia Canarias—, el presidente Zapatero ha señalado que el gobierno español está haciendo todo lo posible por parar el flujo de pateras. La vicepresidenta De la Vega ha prometido «una respuesta inmediata». Reunida de urgencia con los ministros de Asuntos Exteriores, Interior, Defensa y Trabajo, ha anunciado

la cesión de cuatro patrulleras de la Guardia Civil a las autoridades mauritanas para vigilar las costas.

Los secretarios de Estado de Asuntos Exteriores y de Interior han sido enviados a Nouadhibou y se han reunido urgentemente para coordinar el trabajo con las autoridades mauritanas. Según han explicado a la prensa al finalizar la reunión, *la parte mauritana ha informado a la parte española* de su intención de abrir centros de recepción para inmigrantes afectados por procedimientos de repatriación y *la parte española* se ha comprometido a apoyar a Mauritania en lo relativo a la construcción y gestión de dichos centros.

Menos de un mes después ya se ha inaugurado el centro de recepción de Nouadhibou, ubicado en el edificio de una escuela acondicionada por España. Las tiendas de campaña y el comedor habilitados en la escuela pronto desaparecen. Quedan las aulas, es decir, las celdas.

XXXIV

Volver a cruzar el río Senegal y viajar de nuevo a Nouadhibou lleva a S. varios meses. Se ha vuelto a quedar sin dinero, así que tiene que pasar unas semanas trabajando en Nouackchott. Los cientos de kilómetros que separan Nouadhibou de Canarias son una travesía mucho más larga que la que parte de El Aaiún, pero tal y como terminó aquella experiencia, ésta no puede ser más peligrosa. S. logra contactar con uno de los numerosos *coxeurs*, intermediarios que se encargan de formar los grupos que van a viajar. Aprovechando que cientos de embarcaciones de pescadores recorren la costa próxima a la ciudad, la patera, repleta con cincuenta y ocho personas, parte en la oscuridad. Al principio se dirige hacia el sur, hacia Senegal, para no levantar sospechas. Des-

de hace unos meses la vigilancia se ha intensificado gracias a las patrulleras donadas por el gobierno español y a la vigilancia conjunta de las policías mauritana y española.

A los dos días y medio se acaba el agua. Aún queda la mitad del trayecto. Cuando parecen condenados a morir de sed, la suerte que dio la espalda a S. hace ya casi dos años en aquella playa maldita se invierte y les da una oportunidad: al tercer día la lluvia les salva la vida. Muchos vomitan —el calor, la deshidratación, el estómago vacío—, pero sobreviven.

Al cuarto día se rompe uno de los dos motores. Además, la ansiada costa no llega y la gasolina está cerca de acabarse. Por fin, al día siguiente, avistan la isla de Tenerife. El fuerte vendaval que se levanta cuando se acercan a la costa termina por agrietar la frágil embarcación, en la que comienza a entrar agua. A pesar de todo, logran llegar a una playa, donde algunos vecinos del lugar esperan con agua para saciar su sed.

XXXV

Hoy es el segundo día en la comisaría de Tenerife. Aún no se nos ha quitado el miedo y el cansancio de cinco días de agónico viaje. Sin darnos tiempo a recuperarnos, nos han traído aquí, donde nos han tomado huellas, nos han fotografiado y nos han preguntado por nuestra nacionalidad y documentación. No llevo ningún papel conmigo —rompí el pasaporte y lo arrojé al océano minutos antes de llegar a la playa— y sé que no debo contestar a sus preguntas. Parece que, por ahora, a nuestro grupo —dormimos en colchones en la misma celda— lo dejan en paz. La mayor preocupación de algunos compañeros es avisar a sus familias de que están vivos. Muchas de ellas se han endeudado o han vendido sus

propiedades para pagar el viaje; yo he vuelto a ocultar a mi familia la partida, así que, por ahora, trato de recuperarme y pensar lo menos posible.

XXXVI

«Si somos laxos, esta avalancha no hay quien la pare». El ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, defiende en la radio el «sistema hipergarantista español». A pesar de la aprobación de la Directiva de Retorno de la UE, en «España nadie va a perder derechos». «La noche que sale un vuelo de Canarias a un país de África, esa noche no se duerme bien, porque uno piensa en la gente que se ha jugado la vida y que tiene que volver», confiesa Pérez Rubalcaba. Entre 2004 y 2007 el gobierno *socialista* ha expulsado en vuelos de repatriación a 40.787 personas y ha repatriado en total a 370.027.

XXXVII

Tras diez días en la comisaría, nos han trasladado al Centro de Internamiento de Extranjeros de Hoya Fría. Somos varios cientos y seguimos durmiendo en colchonetas. Es Ramadán, pero a los responsables del Centro de Internamiento no les importa. Hago cola para recoger la escasa comida que sirven y la guardo hasta la noche junto a mi *colchoneta*.

Cada día, la policía se lleva a varias decenas de personas. Nunca sabemos si su destino es África o si entran en el deseado avión que les llevará a Madrid o Barcelona. Ya han pasado casi tres semanas desde que nos trasladaron; llevamos, por tanto, un mes en

Tenerife. Tengo la corazonada de que esta semana que empieza se resolverá mi futuro.

XXXVIII

El Protocolo de Actuación en las repatriaciones tiene como fin último ejecutar las expulsiones y devoluciones de nacionales de terceros países dictadas *con el debido respeto a los derechos individuales de los repatriados*. Se ha elaborado una lista de recursos materiales y logística para uso de los escoltas: guantes de látex, lazos de seguridad, mascarillas sanitarias adecuadas, útiles para cortar lazos, monos para vestir a aquellos expulsados *que los necesiten*, cascos de *autoprotección* para los repatriados *violentos*, que impidan que se *autolesionen*, cinturones y prendas inmovilizadoras *homologadas*, cinta reforzada -a utilizar de forma excepcional en los casos y modos de empleo que autorice el Jefe Operativo-, etc. Se gestionará la asignación de una zona *segura* en el aeropuerto o puerto de salida para garantizar un agrupamiento *discreto*.

El Jefe del Dispositivo informará a los repatriados, haciéndoles saber que *redundará en su beneficio* cooperar plenamente con los escoltas. Asimismo, deberá quedar claro que no se tolerará ningún comportamiento perturbador y que este tipo de conductas no constituirá motivo para suspender la operación de expulsión. Inmediatamente antes de embarcar, todos los repatriados serán sometidos a un cacheo personal *meticuloso*, con independencia de que lo hayan sido en otro momento de la operación. No se emplearán lazos o prendas inmovilizadoras de seguridad salvo que el Jefe del Dispositivo, previa consulta al Jefe Operativo, *determine motivadamente* en cualquier fase de la operación la *oportunidad de utilizarlos*. En caso de agrupaciones familiares y especialmente si hubiera menores, éstos se colocarán separados del resto de los

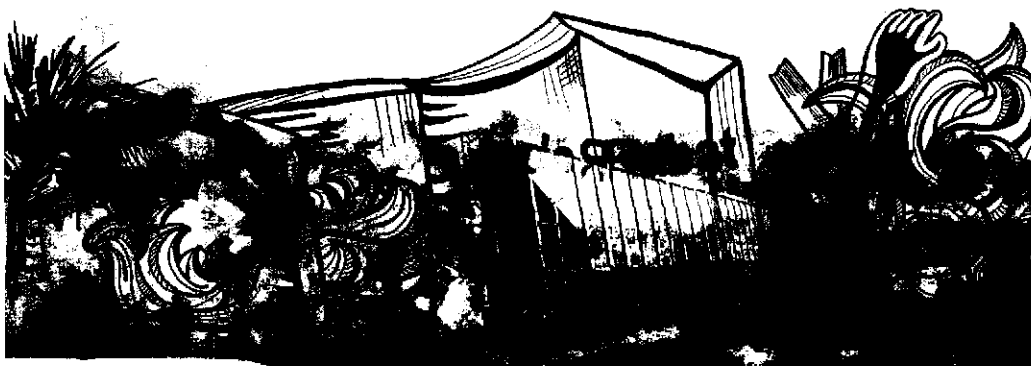
expulsados. Si *hubiera que enlazar a algún adulto* será previamente separado de los menores.

XXXIX

Observo que los policías que nos escoltan hacia el aeropuerto están demasiado relajados como para que éste vaya a ser un vuelo de repatriación. En el CIE me han contado violentas historias de estos vuelos, en los que se evita por la fuerza cualquier resistencia o protesta. Intuyo, por tanto, que nuestro vuelo se dirige a Europa, aunque mi ansiedad por confirmar esta hipótesis es muy grande. Miro por la ventanilla del avión, tratando de interpretar la dirección que toma, pero estoy bastante desorientado.

XL

S. ya lleva casi un año en la ciudad a la que le condujo la dirección de un amigo. El vuelo desde Canarias tuvo como destino Madrid. Del aeropuerto fue llevado a una comisaría. Cuando se hizo de noche le dejaron *libre*. Desde entonces, siente la amenaza permanente de ser detenido y expulsado.



S. está condenado a trabajar en la economía sumergida. Durante estos meses solamente ha encontrado breves empleos en la construcción, en trabajos de limpieza y en labores agrícolas. Algunos de ellos los ha conseguido a través de anuncios en los periódicos y, en casi todos los casos, se ha encontrado con que le han pagado una miseria o, directamente, no le han pagado nada. En otras ocasiones, el trabajo aparece como iniciativa solidaria de personas cercanas, que le proponen tareas como forma de apoyo, pues conocen sus dificultades. El único trabajo continuo —y no por ello menos mísero— ha sido la venta ambulante, actividad a la que se dedican muchos compatriotas.

Sin embargo, por vez primera en mucho tiempo, S. cree que haberse arriesgado a venir a Europa puede merecer la pena. Por lo que escucha en la radio y en la televisión, parece que el gobierno del PSOE es más favorable que el del PP y, por supuesto, que otros gobiernos europeos, como el italiano, que abandera las persecuciones a las personas inmigrantes. Aunque se acaba de aprobar la llamada Directiva de la Vergüenza de la Unión Europea, S. confía en encontrar resquicios legales para obtener papeles. Aún quedan más de dos años para siquiera soñar con obtenerlos a través del arraigo, pero al menos S. lleva una vida tranquila, a veces puede enviar alguna pequeña cantidad de dinero a su familia y ha ido construyendo una pequeña pero importante red de amistades y solidaridades en su vida cotidiana. Comparte piso con algunos



compatriotas que ayudan a los recién llegados, es una persona querida en el barrio y ha accedido a asesoramiento legal a través del tejido asociativo de la ciudad.

XLI

Unos fuertes golpes en la puerta me despiertan súbitamente. Al abrir los ojos, aún aturdido, veo a un hombre junto a mi cama, mientras un perro, que tira con fuerza de su cadena, olfatea cada rincón de la habitación. El hombre está armado y se dirige a mí con voz imperiosa: «levántese y diríjase a la habitación del fondo». Allí encuentro a mis compañeros de piso que, semidesnudos, están tan asustados como yo. Los policías —ahora ya estoy lo suficientemente despierto como para saber que lo son— nos esposan y, a continuación, nos dejan solos y se dedican a revolver ruidosamente toda la casa. Permanecemos en silencio hasta que vuelven a entrar en la habitación y, uno a uno, nos van pidiendo la documentación. Algunos compañeros piden permiso para volver a sus habitaciones, en las que se han quedado todos sus documentos. Otros, que no contestamos en un primer momento, acabamos reconociendo que no tenemos papeles.

Parece que ha pasado una eternidad —y realmente han pasado varias horas— cuando nos ordenan salir del piso, descender por la escalera y, aún esposados, nos introducen en un furgón que está a escasos metros del portal.





S. no es *exactamente* un personaje real. Su historia está construida a partir del testimonio de varios inmigrantes senegaleses que residen en Asturias. Pero S. es *real* en la medida que su historia no es una suma de diversas situaciones represivas sufridas por personas diferentes sino que *existen* personas que, como S., sufren la detención y el internamiento primero en algún país de África (en este caso en Mauritania y Marruecos), luego en Canarias y, de nuevo, en los lugares en los que se buscan la vida en cualquier rincón de Europa. De hecho, el relato se queda corto. Algunos de los detenidos en Oviedo —muchos de los cuales habían sufrido todos estos escenarios de reclusión— fueron enviados a un Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Madrid y, posteriormente, repatriados, cerrando el ciclo de su viaje con la expulsión a su lugar de origen. Otros no tienen tanta *suerte* y, en repatriaciones *ilegales*, son expulsados a países que ni siquiera son los suyos.

En el lúcido y estremecedor prólogo de su libro *Capitalismo y nihilismo*, Santiago Alba Rico relata cómo los pescadores de Portopalo, un pueblecito de la costa siciliana, arrojan al mar los cadáveres de los inmigrantes que recogen en sus redes, para así evitar que se levante un escándalo que perjudique a su *economía*. El naufragio y muerte de casi trescientos inmigrantes y la conducta de los pescadores de Portopalo es —además de una tragedia de enormes proporciones— *una metáfora completa del sistema capitalista: una economía que produce cadáveres y una sociedad que los devuelve ininterrumpidamente al mar*.

La historia de S., de todos los eses, permite ampliar esa metáfora. El capitalismo europeo —en cada calle, en cada plaza, en cada barrio de nuestras ciudades— se ensaña con los supervivientes de la Frontera Sur: la represión contra los eses garantiza la absoluta aniquilación de cualquier derecho que puedan tratar de ejercer. Y así, despojados de toda garantía laboral, social y política, *los eses* son, en el mejor de los casos, carne de cañón, sumamente *competitiva*, para alimentar la economía española; cuando ni siquiera son necesarios para ejercer este papel, se convierten en deshechos que deben ser expulsados.

La policía, cada día, persigue, detiene y humilla ante nuestros ojos a los inmigrantes sin papeles. Lo sabemos, lo vemos. Irrumpen en las casas y, además, procuran que todo el barrio se entere. Si esto sucede en medio del

silencio, ante la impasibilidad de una sociedad que calla, entonces las palabras de Santiago —*no hay que ser demasiado duros con los habitantes de Portopalo; nosotros hubiéramos hecho lo mismo*— nos interpelan directamente, no sólo por lo que sucede en el océano —y vemos cada día desde nuestro sofá— sino por lo que ocurre a la vuelta de la esquina.

Es cierto que en Portopalo habitaba un héroe, pues —afirma Santiago— *heroica es la normalidad moral en una sociedad de agnosia recompensada*; un pescador, llamado Salvatore Lupo, se atrevió a romper el tácito y unánime acuerdo de su pueblo para denunciar el naufragio y el silencio. ¿Es posible que nuestra sociedad —que parece que no siente ni padece— se conmueva y se rebele —como Salvatore— ante una realidad que estalla cada día ante nuestros ojos?

*** **

La primera parte de este texto está basada en un hecho real, la detención de treinta personas en Oviedo el 16 de mayo de 2007. A pesar de la amplia propaganda que se dio a esta operación policial, la mayoría de los expedientes han sido archivados por falta de pruebas.

Las diferentes voces que forman parte del relato —el informe policial, la noticia publicada en la Nueva España, el informe de la Federación para la Protección de la Propiedad Intelectual de la Obra Audiovisual, el Plan África, los informes de la Oficina Económica y Comercial de España en Dakar, el discurso del presidente del FMI, las promociones turísticas, las declaraciones del Ministro del Interior, etc.— están basadas en informes, declaraciones, noticias de prensa y testimonios completamente reales. Se señalan a continuación las fuentes utilizadas en cada capítulo para que puedan ser contrastadas.

PRIMERA PARTE

Capítulo VI

Nota de prensa de la Dirección General de la Policía y de la Guardia Civil, Madrid, 17 de mayo de 2007. Ver: http://www.mir.es/DGRIS/Notas_Prensa/Policia/2007/np051709.html

Capítulo VIII

El texto incorporado al relato es una cita textual de la noticia publicada en el periódico La Nueva España el 16 de mayo de 2007, firmada por C. Mateo. Se puede consultar toda la noticia en http://www.lne.es/secciones/noticia.jsp?pRef=1639_31_521296__Oviedo-Detenidos-senegaleses-papeles-falsificaba

Capítulo X

El capítulo está elaborado a partir de la información que aparece en la Memoria de la Federación para la Protección de la Propiedad Intelectual (FAP). La memoria completa se encuentra en <http://www.fap.org.es/pdf/MEMFAP2007SC.pdf>

SEGUNDA PARTE

Capítulo IV

El documento explicativo de la Gran Ofensiva Agrícola por la Nutrición y la Abundancia puede encontrarse en: <http://www.icex.es/icex/cma/contentTypes/common/records/viewDocument/0,,,00.bin?doc=4127712>

Las indicaciones a las empresas españolas forman parte del Informe Económico y Comercial de la Oficina Económica y Comercial de España en Dakar (actualizado hasta abril de 2008). Se encuentra en <http://www.oficinascomerciales.es/icex/cma/contentTypes/common/records/viewDocument/0,,,00.bin?doc=4109429>

Capítulo VII

Intervención de Rodrigo Rato, Director Gerente del Fondo Monetario Internacional, en la reunión con los Gobernadores africanos del FMI, Washington, 1º de octubre de 2004. Texto completo en <http://www.imf.org/external/np/speeches/2004/100104s.htm>

Capítulo X

El testimonio está recogido en el artículo «El desarrollo de Europa a costa de la miseria de África. Viaje a Senegal de miembros de Sevilla Acoge», de Reyes García de Castro y N'Demba M'Baye. Artículo completo en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=44151&titular=el-desarrollo-de-europa-a-costa-de-la-miseria-de-áfrica->

Capítulo XIII

Informe Económico y Comercial de la Oficina Económica y Comercial de España en Dakar (*ya citado*).

Capítulo XVIII

Información sobre ArcelorMittal en Mauritania extraída de <http://www.eleconomista.es/flash/noticias/341124/01/08/ArcelorMittal-firma-un-acuerdo-con-Mauritania-para-la-extraccion-de-hierro.html>

Información sobre ArcelorMittal en Senegal extraída del Informe Económico y Comercial de la Oficina Económica y Comercial de España en Dakar (*ya citado*).

Capítulo XXI

Comunicado de Amaury Sport Organization tras la suspensión del rally Dakar 2008. Ver http://www.revistamotorcar.com/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=104

Capítulo XXV

Frases extractadas de los textos promocionales de las empresas turísticas Bidón5 y Wagane Viajes. Ver www.bidon5.es y www.waganeviajes.com

Capítulo XXVIII

Informe Económico y Comercial de la Oficina Económica y Comercial de España en Dakar (actualizado hasta mayo de 2006). Informe completo en <http://www.comercio.es/tmpDocsCanalPais/53060E2494A6987378D94F147CDABF5F.pdf>

Capítulo XXX

La información sobre los grandes proyectos del Jefe de Estado senegalés pueden encontrarse en www.investinsenegal.com

Capítulo XXXVI

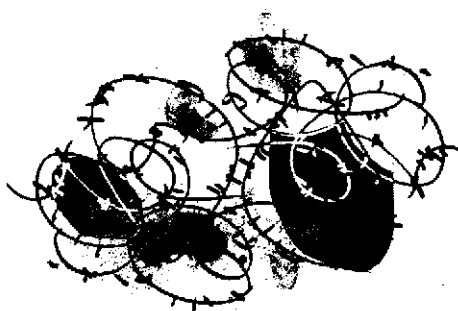
Declaraciones del Ministro del Interior en la Cadena Ser (7 de mayo de 2008). Ver: http://www.elperiodico.com/default.asp?idpublicacio_PK=46&idioma=CAS&idnoticia_PK=507464&idseccio_PK=1008

Las cifras de expulsiones, junto a otros muchos logros del gobierno socialista, pueden encontrarse en http://www.mir.es/DGRIS/Balances/Balance_2007/pdf/bal_lucha_inmigracion_ilegal_2007_mir.pdf

Capítulo XXXVIII

Ministerio del Interior. Secretaría de Estado de Seguridad. Normas de actuación en las repatriaciones y en el traslado de detenidos por vía aérea y/o marítima. Ver documento completo en: <http://www.intermigra.info/extranjeria/archivos/impresos/REPATR.pdf>

Cheb Hbitri bajo un camión
Menores, maltrato y política de extranjería





I

Un chico me aborda por la calle, tímidamente: —¿Dónde está la comisaría de la policía local?—. Después se encoge como pidiendo perdón por hablarme. Dudo unos segundos y me doy cuenta de que no sé dónde está la sede de *la local*. —No tengo ni idea— le

digo. Él comienza a alejarse en el mismo momento en que empiezo a registrar que quien me ha preguntado es un niño, que está solo, que es extranjero –probablemente, por el acento, es marroquí– y que me ha hecho una consulta, digamos, poco común. Me dirijo a él antes de que se vaya definitivamente: –Pero, ¿para qué quieres saber tú dónde está la comisaría? ¿Necesitas algo?–.

Poco después M. y yo subimos las escaleras de mi portal. A pesar de esa primera apariencia de retraimiento y timidez, no le ha costado mucho soltarse a hablar conmigo. En realidad, parece que necesitaba comunicarse con alguien. En torno a un plato de lentejas, la conversación se hace más fluida aún. Me sorprende su buen castellano. –Vengo de Melilla– me explica.

M. nació en Fez hace catorce años. La ciudad, capital de Marruecos durante mucho tiempo, es una de las más importantes del país y supera el millón de habitantes. En ella pasó los once primeros años de su vida. En ella creció al calor de su madre y de sus dos hermanas mayores. Su padre, trabajador en una panadería del barrio, obtenía los únicos ingresos monetarios de la familia. Pero el padre de M. murió hace tres años. Incluso antes de que les dejara, las estrecheces económicas ya habían empujado a una de sus hermanas –la mayor– a viajar a Europa en busca de una vida mejor. Ahora está en Holanda –o eso cree M., pues no sabe de ella desde hace cinco años–. Su otra hermana se casó y se fue a vivir a Tánger.

A la madre de M. la vida no le dejó tiempo para llorar la muerte de su marido. Poco después del entierro, se vio obligada a marcharse de la ciudad con su pequeño hijo, pues no lograba encontrar trabajo en Fez. Viajaron a Nador, más al norte. –En Nador hay playa, en Fez no– sonríe M. –¿Y consiguió trabajo tu madre?– pregunto al chico. A veces le cuesta encontrar las palabras adecuadas. Después de varios intentos y de representar con gestos la carga de sacos pesados al hombro, logra explicarme que su madre cruza

la frontera de Melilla para comprar telas y ropas que luego trata de vender en el mercado de Nador. —Yo la ayudaba— dice orgulloso. —No podía pasar la frontera, pero esperaba a que mi madre volviera para ayudarla a cargar la ropa hasta la estación de autobuses—. Allí subían a un vehículo que cubría los quince kilómetros que separan las dos ciudades. —Veinte céntimos— recuerda M. que costaba el trayecto. —¿Y quién os compraba la ropa en el mercado?—. —Turistas, muchos turistas. Españoles, franceses, ingleses, también muchos alemanes—. —Y, entonces —ahora viene la pregunta de siempre, la que no sabes cómo formular porque, por un lado, te sientes un poco ridículo planteándola, ya que la respuesta es obvia y, por otro, temes no entender del todo la contestación—, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido?—. M. me mira como diciendo: ¿que por qué he venido? Es evidente, ¿no?; pero contesta, resignado: —Poco dinero, muy poco dinero—.

Cruzó la frontera de Melilla debajo de los asientos de un coche. Poco después ingresaba en el Centro de Menores La Purísima. —En una como ésta —dice M. midiendo con su mirada mi habitación de unos ocho metros cuadrados— vivíamos cuatro chicos—. La mayoría eran de Marruecos y de Argelia, aunque también había algunos compañeros de países del África subsahariana. —A veces nos llevaban solos a una sala y nos pegaban—. —¿Cómo que os pegaban? ¿Por qué?—. —No lo sé—. —Pero, ¿os decían algo cuando os golpeaban?—. —Sí, decían: «para qué has venido aquí», «para qué has cruzado la frontera», «quédate en tu casa». Nada más—.

Cuando se cansó del hacinamiento, de los malos tratos y de la escasa comida, M. se metió bajo un camión y, allí escondido, cruzó en un barco que le llevó a Málaga. —Vas bien sujeto, no hay peligro de caerse— dice con seguridad. —No, no tenía miedo. Sólo quería que no me descubrieran, porque sueltan perros para buscarnos. Yo los vi, pero ellos a mí no—.

—¿Se lo dijiste a tu madre antes de partir?—. —No, la llamé cuando llegué a Málaga—. —¿Y qué te dijo?—. —Que consiguiera papeles—. —¿Nada más?—. —No. Bueno, sí, lloraba—. —¿Y tú?—. —Yo —sonríe M. un poco nervioso— también lloraba—.

II

En Málaga pasó cinco días. Nada más salir del puerto, se dirigió a una mezquita. Allí encontró apoyo, ropa, alimento y un techo donde dormir durante varias noches. Cuando M. estaba en Melilla, un amigo —compañero de juegos en las calles de Fez— le había llamado y animado a viajar a Oviedo para encontrarse con él. Fue quien le explicó que llegara a la ciudad y preguntara por la policía. M. viajó de noche, en autobús, a Madrid. A la mañana siguiente cogió otro autobús con destino a Oviedo. Supongo que alguna de las personas que conoció en Málaga, al enterarse de los deseos del chico, le sacó los billetes.

—¿Dónde está la comisaría de la policía local?—. Es la primera vez que me encuentro con un Menor Extranjero No Acompañado (MENA) —así les llaman— y no sé si debemos realmente contactar con la policía. Prefiero hablar con uno de los educadores de la Unidad de Primera Acogida del Centro Materno Infantil de Oviedo; educador que, por cierto, está expedientado —junto a otro compañero— por denunciar públicamente el desentendimiento del gobierno asturiano respecto a sus obligaciones con los menores. A través de sus denuncias me he podido enterar de muchas irregularidades, incluidos encierros en Centros de Internamiento de Extranjeros (CIES) de menores a los que se expulsa porque, supuestamente, y siempre según las autoridades, son adultos.

En este caso me cuesta temer que tengamos algún problema. M. es menor, manifiestamente menor, evidentemente menor. Pero, a pesar de todo, y aunque no consigo localizar al educador, decido hablar primero con Asturias Acoge por si pueden hacer alguna gestión que facilite las cosas. Efectivamente, una de las responsables de la asociación llama inmediatamente a la Unidad de Primera Acogida. La respuesta del Centro nos deja perplejos: tenemos que llevar al menor a la comisaría de la Policía Nacional —situada frente al Hotel Reconquista— para que sea la policía quien lleve a M. a la Unidad de Primera Acogida o, en su defecto, si no hay plazas, a otro centro de menores. A pesar de que nos parece que el tratamiento policial del asunto implica la criminalización de los menores, seguimos las instrucciones. M. parece el menos nervioso de todos, solamente preocupado por saber cuándo iremos al Centro y, así, encontrarse con su amigo.

Me encargo de acompañarle a la maldita comisaría. Nos pasan a una sala de espera. —Tú no hables mucho, M., cuanto menos español sepas, mejor—. Mientras esperamos y yo le doy vueltas a lo que debo decir, M. tararea una canción. —¿Qué cantas?—, le pregunto. Se ríe. —Chebbirtri— dice finalmente (o algo así entiendo yo). —¿Cómo?—. Saco papel y lápiz y lo escribe: Cheb Hbitri. —Cuando vuelvas a tu casa —me dice— lo buscas en internet—. Yo también me río.

Una agente de la policía nacional entra y, en la propia sala de espera, nos pregunta por el motivo de nuestra presencia. Explico la situación y solicito que acompañen al menor a la Unidad de Primera Acogida, remarcando que el caso es ya conocido por un abogado, por varias asociaciones de apoyo al colectivo inmigrante y por el propio centro de acogida. En ese momento, por el pasillo por el que se accede a la sala de espera pasa un policía —que, poco después, la primera agente nos confiesa que es su superior—. Éste, que escucha de pasada mi explicación, se dirige a su subordinada y,

en un tono que refuerza su mirada de desprecio hacia M., ordena que se le lleve al Albergue Cano Mata –un centro para transeúntes adultos, de tres días de estancia máxima– y no a un centro de menores, «puesto que antes tendrá que demostrar que es menor». El tipo, sin más, continúa su camino y desaparece por el pasillo. Insisto en que M. debe ser llevado a un centro de menores y amenazo con poner una denuncia ante el fiscal de menores. La agente se retira de la sala de espera para, según sus palabras, seguir debatiendo el caso con su superior –es decir, el energúmeno del pasillo–, pero pronto vuelve para decirnos que sus órdenes son enviar al menor al Albergue Cano Mata.

M. y yo nos vamos. Es domingo por la tarde, primera jornada de la liga de fútbol. Quizás el evento justifique que encontremos cerrado el Juzgado de Guardia, al que nos encaminamos para denunciar los hechos y pedir una solución al fiscal de menores; también debe de estar justificado que a esas horas –justo en medio de la retransmisión televisiva– nadie responda en el 092, en un último intento por tratar que *la local* sea la que lleve a M. al centro de menores.

Volvemos a casa. Encontramos a Cheb Hbitri en Internet. M. sonríe mientras ponemos uno de los videoclips. Hip-hop marroquí. A pesar de todo –supongo que porque sigue siendo un niño en una vida de adulto– aún no le han arrebatado completamente su capacidad de disfrutar.

III

A la mañana siguiente escuchamos con estupor cómo la ordenanza de la Consejería de Bienestar Social nos comunica –en una nueva sala de espera– que nadie nos va a recibir, pues el protoco-

lo dice que tenemos que acudir a la policía. Blandiendo un par de hojas grapadas —la denuncia que dirijo al Juzgado de Guardia narrando los hechos del día anterior—, exijo que nos atiendan; la mujer, abochornada, se compromete a hacer un nuevo intento para que alguien se digne a hablar con nosotros. Cuando reaparece por el pasillo, su expresión ya anuncia que trae más de lo mismo. M. mira a la pared, al techo, al suelo, incapaz de comprender ya si este lugar es la comisaría, el juzgado, la consejería o el pasillo de un albergue. Evidentemente, no vamos a volver a visitar al energúmeno del día anterior —que, en todo caso, no debemos olvidar que no hacía más que cumplir órdenes de sus superiores— en su comisaría. Así que nos quedamos y explicamos a la ordenanza lo que puede comunicar de nuestra parte a los *responsables de bienestar social*: —Diles que avisen a los de seguridad o que llamen ellos a la policía, porque nos van a tener que echar del edificio. Nosotros no nos vamos—.

Hora y media después —entretanto ha pasado por allí un fotógrafo del periódico *La Voz de Asturias*— baja un educador y nos atiende en la propia sala de espera. Allí, tras leer la denuncia de los hechos del día anterior, y sin dar ninguna explicación de por qué nos han hecho vagar durante un día completo, empieza a acribillar a preguntas a M. —¿De dónde vienes?—. —De Melilla—. —¿Cuánto tiempo estuviste allí?—. —Tres meses—. —Venga, seguro que llevas más tiempo en España—. —Tres meses— repite M. —¿Cuántos años tienes?—. —Catorce—, responde M. con seguridad. —Tienes algunos más, venga, dímelos—. —Catorce... y medio— insiste M. Indignado, le digo al educador que deje de interrogar al chico y le pido a M. que no responda. Han pasado veinticuatro horas desde que nos encontramos en la calle y, tras todo el periplo sufrido y tras haberse negado por tres veces a recibirnos, el educador se extraña de que yo desconfíe de sus intenciones. ¡Qué hipocresía! No quiero que M. diga cosas que le perjudiquen, así que consulto con una persona de confianza la forma más oportuna de actuar. —Que diga

la verdad— es lo que me recomiendan. Pero el *educador* —para mi sorpresa— dice que ya ha terminado y que podemos dirigirnos a la Unidad de Primera Acogida, ya que se ha autorizado el ingreso de M. ¿Se diferencian sus preguntas de las de un policía? ¿Cómo estás? ¿Por qué te has jugado la vida para venir a Europa? ¿Cómo te trataban en el Centro La Purísima de Melilla? Estas preguntas no se hacen, no vaya a ser que las respuestas del chico perjudiquen a la administración para lograr su objetivo: desembarazarse de los menores, devolverlos a Melilla y, si se puede, a Marruecos —hoy mismo me han llamado desde Melilla para denunciar cómo la policía está arrojando a los menores, de forma completamente ilegal, al otro lado de la frontera—.

A nivel estatal, la política de repatriaciones de menores está a la orden del día. En 2006 se realizaron 111 repatriaciones y un total de 1.300 expedientes de repatriación. En muchas ocasiones la policía se los lleva de los centros —que son el domicilio de los menores— a altas horas de la madrugada, esposados y sin que su familia sepa que van a ser devueltos. Las repatriaciones sirven como medida ejemplarizante para los que se quedan, que muchas veces se escapan de los centros por miedo a que se les aplique a ellos la *reagrupación familiar en origen*.

—¿Está lejos?— pregunta M. impaciente mientras caminamos. —Qué va, ya estamos llegando. Ese es el edificio—. M. pone cara de incredulidad. La Unidad de Primera Acogida tiene importantes problemas de recursos, pero la comparación con el Centro de Menores La Purísima de Melilla, el único que conoce, es fácil de realizar a primera vista. Aquí ve un edificio en medio de la ciudad, con un parque enfrente, mientras que La Purísima, antiguo fuerte militar en estado ruinoso, se encuentra aislado y apartado cuatro kilómetros del centro de Melilla. A través de Prodein, una asociación que apoya a los menores, nos enteramos de que

son muchos los menores que en las últimas semanas han huido a la Península –jugándose la vida en el puerto bajo un camión–, debido a los malos tratos y el abandono que sufren por parte de las instituciones.

La educadora, tras recibimos en una pequeña sala, acompaña a M. al piso superior. –Nos veremos pronto– le digo con un nudo en la garganta. –Tienes mi teléfono y el del abogado, no dudes en llamar si lo necesitas–. M. camina, contento, al encuentro de su amigo.

IV

Cuando dos días después llamo al centro para saber de M. y la educadora me explica que ya ha cumplido con el protocolo, el sentimiento de rabia y frustración es intenso. Han acompañado a M. a comisaría para tomarle las huellas dactilares –es *natural*, hay que contrastar si ya está acogido en otra comunidad autónoma– y le han llevado al hospital para hacerle –cómo no– una prueba radiológica para determinar su verdadera edad. –No le puedo dar los resultados porque los desconozco– escucho que me dicen al otro lado del hilo telefónico.

Unos días después consigo volver a ver a M. Nos encontramos en el parque, junto al Centro de Menores. Está sentado en un banco, con varios chicos marroquíes. Me los presenta y yo me disculpo porque son demasiados nombres para mi mala memoria. –Ha salido quince– me dice poco después, mientras damos una vuelta. –Quince, ¿qué?– pregunto extrañado. M. señala su brazo: –la prueba de la edad– me dice. Mi primer pensamiento –de desprecio– es para el educador que trataba de convencerle de que tenía varios años más de catorce y medio.

A pesar de que le han enviado junto a otros cinco chicos a una residencia de estudiantes, ya que la Unidad de Primera Acogida está saturada –no porque haya ninguna *avalancha* sino porque sólo tiene 16 plazas–, M. me dice que está bien. –Prefiero estar con todos los chicos. ¿Por qué nos han llevado a otro sitio?– me pregunta. Le explico las razones. Espero que se normalice pronto tu situación, supongo que abrirán otro centro, pero no lo sé– le digo. He leído en la prensa que la Consejería pretende crear un centro exclusivamente para extranjeros, experiencia ya probada en otras comunidades con el resultado de una mayor segregación y aislamiento de los menores.

–Me enseñaron la foto del periódico– me dice sonriendo. El comentario me recuerda que debo preguntarle algo: –¿Recuerdas todo lo que me dijiste cuando estuviste en mi casa? La historia de tu familia, de tu viaje, de Melilla–. –Sí, claro– me dice. –La he escrito, M. ¿Quieres que la guarde o que se la contemos a la gente? Quizás sirva para que conozcan no sólo tu historia sino la de muchos chicos como tú.

M. me mira y dice: –Cuéntala–.

El futuro de Asturias

I

La ampliación del puerto de El Musel es el futuro de Asturias. Así lo cree el presidente del gobierno asturiano, Vicente Álvarez Areces, que defiende con pasión el carácter esencial e irrenunciable de esta obra. El *superpuerto* gijonés –según el presidente socialista– impulsará nuevas actividades industriales y se integrará en las autopistas del mar para promover un transporte *más ecológico y más eficaz*. Además, la construcción de una regasificadora en los terrenos ganados al mar permitirá que Asturias siga siendo excedentaria en energía eléctrica para, así, *ayudar* a España.

–Te agradezco, presidente, el apoyo a una gran obra como es la ampliación de El Musel– dijo Areces a Zapatero mientras ambos asistían al acto de perforación del primero de los túneles del AVE en Pajares. –Has demostrado una visión de futuro–.

Acosado por quienes consideran que un cuarenta por ciento de sobrecoste de una obra de casi 600 millones de euros es un escándalo de enormes proporciones, Areces aprovechó la ocasión para pasar a la ofensiva: –Sólo se opone a la ampliación alguien que esté en un camino disparatado y que intente conseguir, por mucho que intente disfrazarlo, que Asturias no tenga futuro–.

II

Entre los detractores del futuro de Asturias se encuentran *los ecologistas*. Argumentan que –con la ampliación del puerto– las aguas

del mar sufrirán el vertido de sesenta millones de metros cúbicos de material de relleno. Que el impacto del transporte de todo este material –dos millones de camiones de gran tonelaje– implicará enormes emisiones de polvo y de CO₂. Que la playa de San Lorenzo se convertirá prácticamente en un embalse de aguas estancadas, con el horizonte cerrado en su mayor parte por un gran dique, encima del cual sobresaldrán los enormes buques graneleros y las montañas de carbón que se apilen en el muelle. Que las consecuencias sobre la pesca de bajura serán gravísimas y provocarán la desaparición de decenas de caladeros. A todo ello habría que añadir el profundo impacto de la regasificadora que se pretende construir en los terrenos ganados al mar: contaminación del aire, agravamiento del efecto invernadero, vertidos marinos, etc.

Pero el principal argumento de los ecologistas es –qué disparate– que el superpuerto *no es necesario*. No lo es para la empresa siderúrgica Arcelor, que sólo aumentará ligeramente en el futuro su consumo de carbón. No lo es para el tráfico de mercancía general, que en El Musel es insignificante. Las empresas eléctricas, principales beneficiarias de la obra del puerto al reducir sus costes de importación de carbón, irán perdiendo peso con la puesta en marcha de numerosas centrales de gas de ciclo combinado y, por tanto, tampoco *necesitan* la ampliación. Si la inversión pública de cientos de millones de euros ni siquiera se justifica desde la lógica del interés –capitalista– de las industrias radicadas en Asturias, ¿cuál es el motivo de la obra?

III

El 9 de octubre de 2007 la Comisión Ejecutiva del Grupo ACS, encabezada por su presidente Florentino Pérez, visitaba las obras de ampliación del puerto de El Musel. La visita estaba más que justifi-

cada: la adjudicación de la obra --579 millones de euros-- fue concedida a una Unión Temporal de Empresas (UTE) formada por FCC, Sato, Alvargonzález, Drace y Dragados. Las dos últimas pertenecen al grupo empresarial ACS.

—El Musel es un proyecto emblemático y una de las más importantes obras civiles que se llevan a cabo en España en este momento— señalaron los representantes del grupo ACS. Tras darse una vuelta para comprobar el estado de las obras, los ejecutivos fueron convenientemente agasajados por el presidente de la Autoridad Portuaria, Fernando Menéndez Rexach, y el director de la misma, José Luis Díaz Rato.

Ambos dirigentes de la Autoridad Portuaria han tenido que comparecer en el Parlamento asturiano para explicar por qué en vez de 579 millones de euros, finalmente la obra costará 795. Al parecer el problema estriba en que no se han podido explotar hasta el año 2007 dos canteras con las que se contaba. La solución parece relativamente sencilla. Como no se trata de pedir responsabilidades a la poderosa Unión Temporal de Empresas —con el ex presidente del Real Madrid a la cabeza—, el milagro de convertir 579 millones de euros en 795 se hará —en coherencia con lo que es el modelo de desarrollo asturiano y español— utilizando más fondos públicos para pagar a los constructores. La brillante idea incluye solicitar 135 millones de euros de Fondos de Cohesión de la Unión Europea, encubriendo el sobrecoste mediante la invención de una segunda fase de ampliación del puerto para la que se necesitan más fondos.

En pleno escándalo, el robo de seiscientas toneladas del hierro utilizado para hacer los cajones de hormigón del puerto es un problema menor para las autoridades portuarias. Entre enero y junio de 2008, de noche o en los cambios de turno, se han llenado camiones y camiones de la ferralla que sirve de esqueleto para los cajo-

nes de hormigón con los que se construye el dique. Dos encargados de la UTE y uno de una subcontrata, Costanor Siglo XXI, han sido arrestados por este motivo.

IV

Mientras Florentino Pérez disfrutaba de las viandas, junto a otro puñado de constructores y a las autoridades del puerto, veinticinco trabajadores de la obra del dique Torres de El Musel asistían a los juicios por sus despidos. Estos trabajadores pertenecían a la citada subcontrata y se dedicaban a la construcción del armazón metálico de los cajones de hormigón realizados por la UTE.

Curiosamente, todos los trabajadores de Costanor Siglo XXI eran inmigrantes africanos, mayoritariamente saharauis, mientras los trabajadores de la UTE son todos españoles. Al principio de la obra, la subcontrata organizaba el trabajo en tres turnos de ocho horas. En febrero de 2007 la empresa decidió que uno de los turnos sobraba y despidió a todos los trabajadores integrantes del mismo. A partir de ese momento el trabajo pasaron a realizarlo dos turnos de 34 trabajadores cada uno, en jornadas de doce horas. Sin descanso semanal, solamente se paraba después de terminar un nuevo cajón, lo que podía durar entre 18 y 30 días. Los trabajadores cobraban más de la mitad de su salario fuera de nómina, es decir, cotizaban solamente por el cuarenta por ciento de su sueldo. Tal es la impunidad en la que se sentían los constructores, que la empresa entregaba un recibo por la parte del sueldo que se pagaba en dinero negro. El capataz de la obra imponía la ley de la empresa, sancionando a los trabajadores, por ejemplo, con multas de cien euros por no llevar un día la tarjeta de residencia. El trato era humillante e insultante: «van a venir unos moros de mierda en patera a exigirme a mi el cumplimiento de la ley».

En los meses posteriores a la decisión de suprimir un turno, los trabajadores se organizaron y realizaron diversas acciones reivindicativas. También trataron de presentar una lista sindical, que fue impugnada porque no tenían seis meses de *antigüedad* en la empresa. Costanor Siglo XXI se encargó poco después de que *nunca* tuviesen una antigüedad de seis meses. En junio los trabajadores –españoles– de la UTE realizaron también un paro y lograron mejoras significativas. Esta victoria animó a los trabajadores –africanos– de la subcontrata a realizar nuevas movilizaciones. La respuesta de Costanor Siglo XXI fue inmediata: despidió a cuarenta de ellos, entre los que se encontraban los más activos en las reivindicaciones. De hecho, muchos de los despedidos eran los trabajadores que hablaban castellano y, por tanto, ejercían de portavoces del colectivo. La excusa de la empresa fue la realización de una huelga ilegal y el bajo rendimiento –a pesar de que algunos de ellos ni siquiera se encontraban en la obra en los días anteriores al despido, ya que estaban de permiso–. Un día se encontraron con que la policía –cumpliendo órdenes de las autoridades– *impidió* que *accedieran a su puesto de trabajo* en el puerto. Representantes de la empresa *sugirieron* al colectivo de trabajadores despedidos que no buscasen trabajo en otros puertos porque se habían encargado de difundir su *conflictividad* entre el resto de empresas del sector.

Como todo el mundo supondrá al llegar a la altura de estas líneas, las sentencias de los juicios no han recogido la nulidad de los despidos; simplemente los han declarado improcedentes, lo que implica una pequeña indemnización que, además, se calcula a partir de la parte del sueldo –minoritaria– que figuraba en nómina. A pesar de que la Inspección de Trabajo ha confirmado el fraude a la Seguridad Social al exigir a la empresa el pago de 106.675,47 euros, que repercutirán en las cotizaciones de los trabajadores, la subcontrata sigue participando en la obra. Es más, UGT, sindicato mayoritario en Costanor –puesto que se impugnó en su momento

la lista de los que luego fueron despedidos—, obtuvo, tras el conflicto, mejoras salariales para los trabajadores y elogió «la buena disponibilidad de la empresa», desentendiéndose de los despedidos. Comisiones Obreras, con representación mayoritaria en la UTE, negoció mejoras de las condiciones de trabajo para sus trabajadores y también se desentendió de los despedidos, que meses antes habían presentado una lista sindical —la que les impugnaron— por Comisiones Obreras. La defensa de los trabajadores —ante el abandono sindical— la ha realizado un abogado particular, Alfredo García.

Este ejemplo de explotación laboral de trabajadores africanos inmigrantes y de represión ante su autoorganización sindical no es un ejemplo cualquiera. Afecta al corazón del modelo de desarrollo promovido por los gobiernos asturiano y español para Asturias. Un modelo que pretende garantizar los beneficios de las grandes constructoras a través del masivo trasvase de recursos públicos a números de cuenta de personajes como Florentino Pérez.

La modernización era esto. Grandes infraestructuras —puertos, auto-vías, embalses— para exportar energía e importar turistas, realizadas por trabajadores sumamente *competitivos*, puesto que su inseguridad jurídica y su precariedad laboral y social les obligan a aceptar turnos de doce horas, insultos cotidianos y salarios bajo manga.

Negocio para los constructores con fondos públicos, graves efectos ecológicos sobre el territorio y la población que lo habita, robos y corrupción, explotación laboral y complicidad sindical. Efectivamente —como bien dice el presidente Areces— El Musel es el futuro de Asturias.

Cincuenta inmigrantes ahogados, Osamuyi asesinado

El 9 de junio de 2007 Osamuyi Aikpitanyi murió asfixiado en un vuelo de repatriación después de que los escoltas policiales le amordazaran y sellaran su boca con cinta adhesiva. Varias semanas después, el 19 de julio de 2007, cincuenta inmigrantes murieron ahogados cuando se procedía a desembarcarlos en un buque una vez que el cayuco en que viajaban había sido detectado por Frontex (Agencia Europea para la gestión de la cooperación operativa en las fronteras exteriores).

A quién se le ocurre introducirse en un cayuco en Guinea Bissau junto a más de cien personas, realizar entre ocho y diez días de travesía oceánica, soportar olas de más de cinco metros de altura y, además, ponerse nervioso al ver cómo se acercan dos buques españoles de *salvamento*.

A quién se le ocurre viajar a España desde Nigeria en busca de un trabajo, enfrentarse a las autoridades periódicamente –en su ficha policial constan once antecedentes, la mayoría por desacato y desobediencia– y, además, resistirse por tres veces a la repatriación decretada, obligando a los policías a tomar medidas drásticas que provocaron un *desgraciado accidente mortal*.

Los medios de comunicación y los responsables políticos, cuando no callan, se dedican a tratar las muertes de *pobres inmigrantes* como tragedias que nada tienen que ver con las políticas migratorias. Más aún, sugieren que la responsabilidad de las muertes es de las propias víctimas. Aislar los hechos, descontextualizarlos y eludir responsabilidades es la función de los departamentos de comunicación gubernamentales y de los medios de masas, en una relación de apoyo mutuo que muestra la vinculación directa

entre grandes multinacionales de la comunicación y gobiernos al servicio del capital.

Para los pescadores senegaleses o mauritanos, cuya economía de subsistencia ha entrado en crisis como consecuencia del agotamiento de los caladeros por empresas europeas como Pescanova, utilizar sus embarcaciones para llegar a Canarias no es ningún suicidio, sino una opción razonable para tratar de llegar a Europa. Sin embargo, los obstáculos, en forma de costosos sistemas de vigilancia por satélite, buques de guerra, aviones y helicópteros, militares y guardias civiles, han provocado un endurecimiento de las rutas migratorias, que comienzan cada vez más lejos del lugar de destino; el resultado es el incremento de las víctimas, que se calculan en siete mil en el año 2006.

La *política africana* del gobierno de España tienen dos objetivos: por un lado, impedir la entrada de inmigrantes procedentes de África; por otro, utilizar la excusa del control de la inmigración ilegal para ampliar la penetración militar, económica y política en África, en una nueva carrera por los enormes recursos africanos. Las más de cincuenta personas ahogadas en el océano tras volcar el cayuco en el que viajaban son solamente la punta del iceberg de las miles de muertes que, cada año, sufren quienes tratan de llegar a Europa. Asimismo, el asesinato de Osamuyi Aikpitanyi en el avión que le repatriaba a Nigeria es solamente la consecuencia lógica de la violencia sistemática aplicada en las repatriaciones por los gobiernos europeos.

Los *pobres inmigrantes* que lograron sobrevivir en el naufragio del pasado jueves han sido trasladados al Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Hoya Fría. El destino que les aguarda es la repatriación o, en el caso de que no sea posible, el traslado a la Península, la puesta *en libertad* y una orden de expulsión que les impedirá trabajar legalmente. Es decir, de *pobres inmigrantes* su

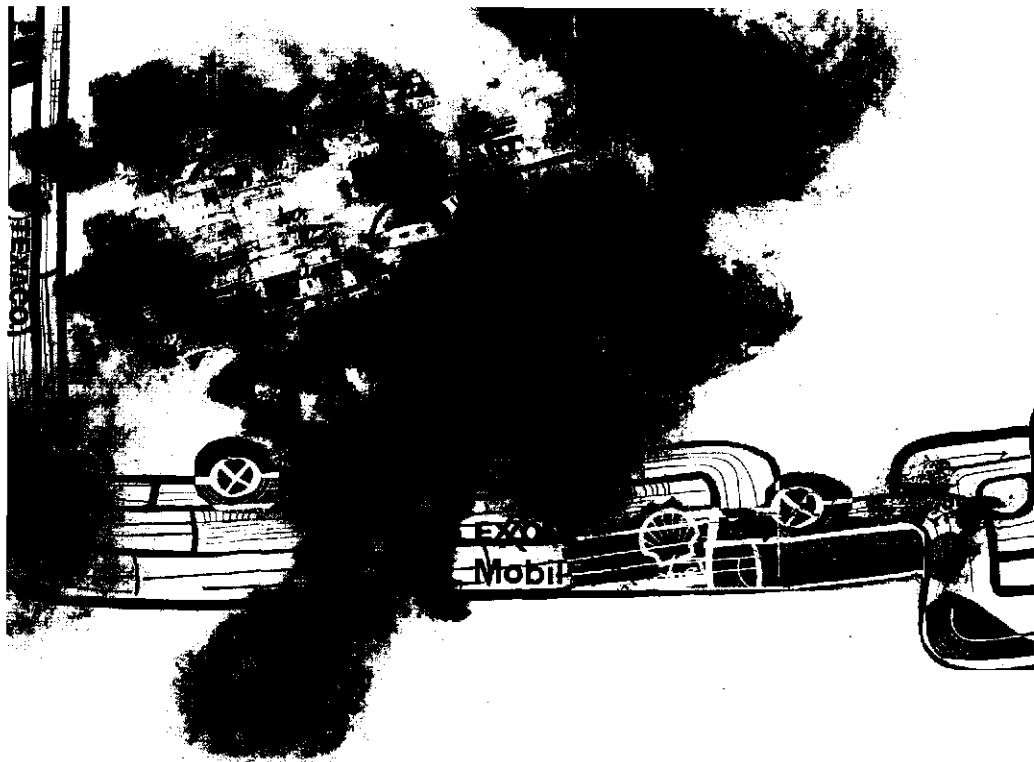
condición se transformará en trabajadores *sin papeles* al servicio de la economía sumergida española y quién sabe si en *delincuentes* como Osamuyi, el inmigrante nigeriano al que la policía *se vio obligada a amordazar hasta la asfixia*, dado su amplio currículum de resistencia a la autoridad.

Ladrones de Petróleo

Leo en un breve de *El País* que cien personas han muerto en el incendio de un oleoducto en Ijegan, un barrio periférico de Lagos (Nigeria). Con diecisiete millones de habitantes, Lagos es la mayor ciudad miseria de África. Según el periódico, la causa de la explosión ha sido que una excavadora, dedicada a las obras de ampliación de una carretera, ha golpeado el conducto por el que circula el *oro negro*. Según otros medios, decenas de niños y niñas de una escuela secundaria se encuentran entre las víctimas –ahogadas por el humo o aplastadas contra un muro en el intento de huida–. *El País* advierte que este tipo de explosiones son recurrentes en Nigeria. «Eso sí, a diferencia de esta última tragedia, los demás incendios fueron provocados con la intención de robar combustible» (*El País*, 15 de mayo de 2008). Este caso es, por tanto, *excepcional*, ha sido un *accidente*. Los ladrones de petróleo son, sin embargo, los culpables de las decenas de explosiones que, desde finales de los noventa, han provocado miles de muertes.

Como lector, sin embargo, me asaltan algunas preguntas no resueltas. ¿Se las habrá hecho el periódico? Me pregunto, por un lado, cómo es posible que *pueda tener lugar* un accidente de estas características junto a unas escuelas cercanas. Si las escuelas están ahí al lado, quiere decir que en los barrios periféricos de Lagos hay oleoductos –esos que explotan recurrentemente– que pasan junto a las escuelas.

También me pregunto cómo es posible que un accidente de estas características provoque el incendio de quince viviendas y la muerte de sus moradores. Si los datos del periódico son ciertos, en los barrios periféricos de Lagos hay oleoductos –los mismos



que han provocado miles de muertes en menos de diez años— que pasan junto a las viviendas.

Nigeria produce más de dos millones de barriles de petróleo al día, es el séptimo exportador mundial y suministra, aproximadamente, el diez por ciento del crudo consumido por Estados Unidos. Me pregunto, en tercer lugar, cómo es posible que, en el principal país productor de petróleo de África, *pueda existir gente* que perfore oleoductos, a sabiendas de los enormes riesgos para su propia vida. Si los datos del periódico son ciertos, en los barrios periféricos de Lagos hay personas —en medio de un país atestado de crudo— que se juegan la vida para robar pequeñas cantidades de combustible.

En 1970 diecinueve millones de nigerianas y nigerianos vivían con menos de un dólar al día. En 2000 eran noventa millones. Las ex-

plotaciones petrolíferas –la Shell inauguró su primer pozo en el delta del Níger en 1956– lo han contaminado *todo* –la tierra, los ríos, la lluvia– y han hecho impracticable la pesca y la agricultura, principales medios de subsistencia de la población. La industria petrolera de Nigeria es la mayor fuente de calentamiento global del planeta. El combustible para uso cotidiano –para cocinar y calentarse– es enormemente escaso para la mayoría de la población.

El objetivo de la industria petrolera es sacar el crudo del país para alimentar la seguridad energética de Estados Unidos y la Unión Europea, es decir, para garantizar el ingente consumo de nuestras sociedades. Que los oleoductos pasen junto a las escuelas y las casas es irrelevante. O quizás no. En un reciente encuentro, Carlos Alberto Ruiz Socha, jurista colombiano, relataba la estrategia de las petroleras en su país, trazando los oleoductos junto a los caseríos para utilizar a la población como escudos humanos y, de ese modo, evitar los sabotajes de la guerrilla.

No son las familias faltas de combustible, por cierto, las principales *ladronas* de petróleo en Nigeria. «Los lagosianos empobrecidos que llenan de petróleo con cucharas sus bidones son abastecedores a bajo nivel en un vasto ecosistema del crimen que llega a los niveles más elevados del gobierno y de las fuerzas armadas, y que involucra la complicidad de los grandes internacionales del petróleo», señala Michael Watts en su artículo «Infierno petrolero». Militares, funcionarios gubernamentales y sus conexiones internacionales controlan un mercado negro de miles de millones de dólares.

La intensificación de las resistencias populares contra las petroleras –desde el movimiento no violento del pueblo Ogoni, saldado con la salvaje ejecución de sus líderes, hasta las diversas milicias que, en la actualidad, sabotean la actividad de las multinacionales– ha potenciado el despliegue militar norteamericano y europeo en la zona. Uno de los principales objetivos del AFRICOM, comando

estadounidense en África, es garantizar la seguridad de las multinacionales petroleras, en un escenario de fuerte incremento de las importaciones norteamericanas de petróleo procedente, fundamentalmente, del Golfo de Guinea. La subordinación del Estado español y de la Unión Europea a esta estrategia, esperando recibir su porción del pastel, quizás explique la escasa pericia de *El País* para responder a preguntas derivadas del sentido común.

Los intereses de nuestras multinacionales son nuestros intereses

«En estos países quien llega primero consigue las mejores oportunidades de relación». Los imperios europeos, en las dos últimas décadas del siglo XIX, participaron de la *carrera por África*, repartiéndose, a partir de la Conferencia de Berlín (1884-1885), el *pastel africano*. Hasta 1879 solamente controlaban, al menos directamente, una pequeña parte del territorio de África y realizaban la mayor parte de su comercio desde sus enclaves costeros. Al finalizar el siglo la mayor parte del continente había sido repartido entre las potencias europeas.

La frase que abre este texto no pertenece, sin embargo, a Leopoldo de Bélgica —o a cualquier otro de los imperialistas europeos reunidos en Berlín—; tampoco es una frase de Stanley o de alguno de los exploradores presentes en la Conferencia, contratados para *descubrir* África y, de ese modo, garantizar los *derechos* imperialistas. Se trata, por el contrario, de una idea mucho más *moderna*, pronunciada por el actual presidente del gobierno asturiano, Vicente Álvarez Areces, durante su reciente viaje *humanitario* —si nos dejamos llevar por las fotos publicadas en la prensa— por Angola y Sudáfrica. Dicho viaje —el primero de un presidente autonómico a estos dos países— se ha realizado en el marco del Plan África 2006-2008, aprobado por el gobierno español hace dos años.

Las obscenas fotos del presidente asturiano junto a niños africanos recuerdan las protagonizadas por otro asturiano insigne, Rodrigo Rato, cuando abanderaba el supuesto giro social del Fondo Monetario Internacional, institución financiera que Rato dirigía. En beneficio de Areces hay que señalar, en todo caso, la transparencia de las afirmaciones públicas que rodearon el viaje. Cual-

quiera que haya seguido las declaraciones institucionales durante la *expedición* no puede sentirse engañado por un puñado de fotos: Graciano Torre, consejero de Industria y Empleo, señaló —antes de la partida— que el objetivo era *explorar* las oportunidades de negocio para las empresas asturianas; Álvarez Areces —ya en pleno viaje— afirmó su confianza en *nuestra* vocación de internacionalización; y Severino García Vigón, presidente de la patronal —que formaba parte del amplio séquito de empresarios y sindicalistas que acompañaban al presidente—, confirmó la orientación de esta gira africana al afirmar que *se trataba de llegar antes* que los empresarios catalanes, murcianos o gallegos.

Para el jefe de los empresarios asturianos, en Angola «queda casi todo por hacer» tras décadas de guerra. Las oportunidades de inversión son enormes, ya que el país presenta una tasa de crecimiento económico del veinte por ciento anual y tiene grandes recursos petrolíferos y minerales (diamantes, oro), la mayoría de ellos sin explotar. Y como es necesario realizar importantes inversiones y asumir elevados riesgos —faltan infraestructuras básicas para hacer negocios, como hoteles de lujo— los empresarios asturianos deben saber que existe libertad para la repatriación de beneficios e importantes exenciones fiscales durante los seis u ocho primeros años. Estas facilidades recuerdan a las obtenidas, desde finales del siglo XIX, por compañías concesionarias privadas que, a cambio de inversiones en vías férreas, obtuvieron millones de hectáreas y concesiones mineras y explotaron brutalmente a la población autóctona, logrando suculentos beneficios.

La presentación descarnada de estos viajes institucionales como iniciativas para hacer negocios privados es síntoma de que se ha logrado un amplio consenso social: *los intereses de nuestras multinacionales son nuestros intereses*. Hoy en día, cualquier persona con un mínimo de sentido común comprende y aplaude que el presidente de turno o el rey de siempre viajen a América Latina, a África

o al fin del mundo –rodeados de un amplio cortejo empresarial y sindical– a representar los intereses de nuestras empresas, a garantizar nuestra seguridad energética y, en fin, a defender con uñas y dientes nuestro nivel de consumo –imprescindible condición para seguir lubricando el proceso de acumulación capitalista– a costa del expolio de recursos y la explotación de la población en otras partes del planeta.

Y mientras se internacionalizan nuestras empresas, los países europeos, cuna de la civilización, discuten sobre derechos humanos: se trata de decidir cuánto tiempo –cuarenta días, seis meses, dieciocho meses– se puede encerrar a las personas inmigrantes por no tener papeles.

Su complicidad es indigna

Este texto está basado en una pregunta realizada a Dolores Sánchez, jefa del departamento de Extranjería de la Delegación del Gobierno en Asturias, durante la charla «Sobre la tramitación de los expedientes de extranjería», celebrada el lunes 7 de julio de 2008 en el Club de Prensa del periódico La Nueva España. Al día siguiente de la charla, la Policía Nacional acorraló, golpeó y se llevó —una vez más, pues su brutalidad se ha convertido en cotidiana— a un grupo de inmigrantes africanos que practicaban la venta ambulante en las calles de Oviedo, ante la indignación de muchas de las personas que pasaban por allí.

El motivo por el que la pregunta fue dirigida particularmente a esta funcionaria de extranjería fue el hecho de que se prestara a justificar públicamente las actuaciones de la Delegación del Gobierno. En realidad, el texto se dirige a todas las personas —funcionarias, jueces, policías, etc.— que hacen posible la aplicación de la Ley de Extranjería.

La política migratoria española es de una hipocresía infinita. La inmigración debe resolverse «con la cabeza, pero también con el corazón», afirma el presidente del gobierno, Rodríguez Zapatero. La producción de cadáveres en la frontera sur —la militarización española y europea ha provocado miles de muertes— debe de haber dejado maltrecho el corazón del presidente.

«La noche que sale un vuelo de Canarias a un país de África, esa noche no se duerme bien, porque uno piensa en la gente que se ha jugado la vida y que tiene que volver». Las declaraciones de Pérez Rubalcaba nos hacen suponer que el Ministro del Interior padece insomnio crónico, pues son miles y miles las personas repatriadas en los últimos meses. El gobierno del PP mantuvo «una retórica más dura» pero una práctica «más laxa», nos dice el minis-

tro socialista, que ha superado con creces las cifras de detención y expulsión de inmigrantes del gobierno popular. La conversión del Atlántico y el Mediterráneo en una fosa común se complementa con el encierro, repatriación y explotación de los supervivientes.

Usted ha desarrollado, durante una larga hora, un discurso aparentemente neutral, fundado en «la legalidad». Como usted es funcionaria de extranjería, no habla de política sino del cumplimiento de la ley. Que se haya multiplicado la exigencia de visado a personas *que proceden de América Latina, de África, de Asia*, es un dato caído del cielo. Que se tenga que cursar en la comisaría una carta de invitación –para que te pueda visitar una amiga o amigo extranjero–, sufriendo la presunción de culpabilidad de la policía, es una simple evolución legislativa. Que se encierre durante cuarenta días a personas que han cometido una falta administrativa –no tener papeles– es tan natural como el hecho de que usted –y con usted *unos cuantos millones de españoles y españolas*– planifique en estas fechas sus vacaciones en cualquier lugar del mundo.

Quizás convendría que recordase, en todo caso, que el cumplimiento de la legalidad, en nuestro mundo, no garantiza la inocencia de quien la ejecuta. La legalidad estadounidense es hoy Guantánamo. Las leyes australianas sostienen centros de detención en los que se encierra durante años a las personas inmigrantes. La legalidad en la Unión Europea es, desde la aprobación de la Directiva de Retorno, más conocida como la *directiva de la vergüenza*, el confinamiento de inmigrantes sin papeles en Centros de Internamiento de Extranjeros durante dieciocho meses. La legalidad convive, además, con el aval, financiación e impulso de la ilegalidad por parte de la UE, sobre todo cuando se produce alejada de miradas incómodas: la proliferación de centros de detención en el norte de África, financiados por los gobiernos europeos, o el abandono en el desierto de los inmigrantes expulsados por las policías norteafricanas, condenándolos a una lenta muerte, son ejemplos de ello.

Mi pregunta es sencilla. Usted representa a la Delegación del Gobierno español en Asturias. Sus policías son quienes persiguen a inmigrantes por las calles, quienes —lo he visto con mis propios ojos— irrumpen en sus casas, sacándoles de la cama, armados con pistolas, porras, guantes y perros. Son también sus policías los que les humillan en comisaría y quienes les devuelven a la calle, tras varios días subalimentados, con una orden de expulsión que es una condena eterna a la ilegalidad.

Sí, no se preocupe, que ya dejo de hablar de política y le hago la pregunta. ¿Padece usted del corazón? ¿Puede conciliar el sueño cada noche?

En mi opinión, su complicidad es indigna.

Transport Express

Estación de autobuses Méndez Álvaro, Madrid. 24 de septiembre de 2008. Nueve y media de la mañana. A la estación se accede, desde el metro, por unas escaleras mecánicas ascendentes; al mismo lugar se llega, desde la calle, por otras escaleras mecánicas, esta vez descendentes. Las dos escaleras discurren paralelas, a unos ocho metros de distancia una de otra.

En el lugar donde desembocan estos dos accesos se apuestan seis policías nacionales. Sus uniformes son los habituales, aunque llama la atención que vistan unos *elegantes* guantes negros. Su juego es sencillo: los seis se despliegan perpendicularmente a las escaleras, moviéndose a derecha e izquierda para barrer los ocho metros que separan un acceso del otro. Si enfocamos nuestra mirada solamente hacia los policías –como si lo hiciéramos a través de una cámara, dejando las escaleras fuera de la escena–, vemos su movimiento, a derecha e izquierda, inexplicable; parece que estuvieran haciendo carrera lateral en un calentamiento de atletismo o defendiendo el ataque de un base de baloncesto, que bota el balón de un lado a otro. Si miramos toda la escena, entendemos a qué juegan. No necesitan hablar, uno comienza el movimiento y los demás le siguen: –¡izquierda, a por ese chino!–, imaginas que piensan; le paran y le piden *los papeles*; les entrega la documentación y le permiten circular; –¡derecha, a detener a esa sudaca!–; parece que también tiene los papeles en regla; –¡izquierda!–; de éste no hay duda, es negro; así continúa la caza, durante varios minutos, hasta que obtienen la presa: tres inmigrantes latinoamericanos no tienen documentación. Los seis policías les escoltan hacia una puerta y les ordenan sentarse en un pequeño pasillo que conduce a la oficina policial, dentro de la estación. Durante varios minutos permanecen

en las dependencias policiales. Poco después, son arrojados en dos coches celulares. Se los llevan.

Uno se acostumbra a todo. En la estación la gente espera –sentada entre sus maletas o deambulando para matar el tiempo– mientras todo esto sucede. Algunos han tenido que sufrir la humillación policial, a la vista de todos los demás. Hay algún gesto tenso y algún otro de desprecio –tímido– a la policía; pero, en general, se hace como que no pasa nada. En realidad, pasa lo mismo que todos los días. El operativo no sorprende a nadie. Quienes *lo podemos mirar desde fuera* porque tenemos papeles nos hemos acostumbrado.

De vuelta a Oviedo nos enteramos de que, aunque estas *fronteras interiores* ya son estructurales –están ahí, en las estaciones, cada día–, esta vez la intensidad de los controles refleja una cierta excepcionalidad –que quizás pronto se convierta en norma cotidiana–. S.O.S. Racismo informa que se han producido, en esos mismos días, cien detenciones sólo en nuestra ciudad. Han detenido a gente en la estación de tren, en la de autobuses, en el aeropuerto, paseando por las calles, en los bares, en el parque. La investigación de la abogada de S.O.S. conduce a instancias europeas. Desde Bruselas se ha puesto en marcha una operación –contra el terrorismo, el crimen organizado y la inmigración ilegal– que ordena a la policía intensificar las identificaciones en los nodos de transporte.

N. fue detenido por dos policías secretas en unas escaleras mecánicas junto a la estación de trenes de Oviedo. Paseaba por la calle, de camino a la mezquita. –Documentación– exigen dos tipos que se ponen a su lado y se identifican como policías. –Pero, ¡dejadnos vivir!, no estoy haciendo nada malo–. –No tienes papeles. ¿Cómo has llegado hasta aquí?–. *Los secretas* ríen entre

ellos, mientras le dicen que tendrá que pasar una noche en *el hotel de la policía*.

—Ahí va la comida— grita un policía unas horas después mientras arroja galletas en el suelo de la celda donde permanecen encerrados N. y varios compañeros africanos. A la mañana siguiente N. será *liberado*, una vez abierto el procedimiento de expulsión. —Salen para dejar sitio a los muchos que detendremos hoy—.

En plena apología capitalista de la movilidad ilimitada, de permanente revolución de las infraestructuras de transporte —siempre se viaja *demasiado despacio*—, de apariencia de infinita movilidad *popular* que nos ofrecen los vuelos baratos y las ofertas turísticas, de traslado de millones y millones de mercancías —cada segundo— de un lugar a otro del mundo, de imágenes que nos trasladan virtualmente a cualquier rincón del planeta; en medio de todo esto, la operación especial que identifica, detiene, encarcela y deporta a miles de inmigrantes, que ordena la caza en las estaciones de trenes y autobuses, se llama Transport Express.

Epílogo



—¡Qué salvajada!—, exclama una enfermera del hospital de Arriondas mientras observa el torso —magullado e hinchado— de una joven que acaba de presentarse en urgencias. Tras consultar con la médica deciden hacer una ecografía para asegurarse de que no tenga daños internos importantes. No es la única persona herida: a lo largo de la noche han tenido que atender a decenas de jóvenes —la mayoría de poco más de veinte años— con brutales golpes en todo el cuerpo. —No te preocupes— tranquiliza la enfermera a la chica mientras le palpa los riñones; —ellos han estado aquí antes y no tienen nada—.

Ellos son los antidisturbios (la Unidad Antidisturbios de la Comandancia de la Guardia Civil de Gijón) que, unas horas antes, cargaron contra los manifestantes y les apalearon y persiguieron durante horas por Cangas de Onís. Ellos son los que se abalanzaron —tantos policías o más que manifestantes— contra unas cien personas que se concentraban en una de las plazas del pueblo. Ellos son los que rodearon a esta joven, la tiraron al suelo, golpearon con las porras sus riñones, la esposaron y, ensangrentada, la metieron en un coche celular mientras terminaban *su trabajo* con el resto.

Unos segundos antes de la carga policial, una botella de cristal —de tercio de cerveza— salió de las filas de la concentración ciudadana —realizada en protesta por un acto racista y xenófobo de Democracia Nacional— e impactó contra un autobús lleno de guardias civiles, sin causar daños personales ni materiales. Sigamos rebobinando la escena. Si antes de la carga policial vino la botella, antes de la botella vino la provocación: los guardias civi-

les del autobús extendieron sus brazos, ofreciendo el saludo fascista a los concentrados en la plaza.

Aunque han pasado ya tres años, L. recuerda el momento de la carga como si hubiera ocurrido ayer. Seguramente porque, en la cabeza de L. —en sus pesadillas—, la escena *ha sucedido muchas veces* a lo largo de estos años. Se acuerda sobre todo de esa mirada. Bajo el casco y demás protecciones, recuerda a un guardia civil —enorme— que fija su vista en ella, a pesar de que les separan bastantes metros y que, entre ellos, otra gente corre, grita, es golpeada. Quizás fue porque él la oyó gritar al ver cómo tres antidisturbios lanzaban al suelo a su compañero y le cosían a patadas. El caso es que sólo tenía ojos para ella. Cuando empezó a recibir los golpes —incluso cuando otros tres guardias civiles comenzaron a golpearla por detrás y a hacerle la zancadilla para tirarla al suelo—, ella seguía viendo esa mirada. —Qué alivio si estuviera *colocado*, al menos sería un atenuante frente a esa sensación de que el tipo disfrutaba *trabajando*.

No fue hasta varias horas después —ya en comisaría y en manos de la policía de Cangas— cuando accedieron a esposarles por delante, para al menos poder limpiarse un poco las heridas. Durante toda la tarde, los antidisturbios habían ido llevando más y más personas detenidas a una comisaría que estaba desbordada. —Se os va a caer el pelo—, amenazaban los policías mientras tomaban sus huellas y les fotografiaban y tomaban declaración.

La indignación del personal del hospital de Arriondas al comprobar las heridas de los jóvenes, así como los numerosos testimonios de vecinos y vecinas de Cangas, contrasta, sin embargo, con los informes policiales y las conclusiones de la fiscal del caso. L. pesa menos de sesenta kilos y fue golpeada por cuatro antidisturbios. Ella tenía en sus manos el palo de su bandera —con el

que logró parar algunos golpes— y ellos estaban armados y tenían porras y pelotas de goma —centenares de ellas fueron disparadas contra los manifestantes—. Sin embargo, L. —hinchada por los golpes recibidos— está acusada de provocar *una contusión en la articulación interfalángica proximal del dedo medio de la mano derecha* a un guardia civil. La magnitud de su atentado —siempre según la fiscal— exige una pena de tres años y medio de cárcel, que se suma a la petición de otro año más por desórdenes públicos. En total, la fiscal pide para catorce personas —catorce historias similares— treinta y cinco años y seis meses de cárcel, además de cuantiosas multas e indemnizaciones a los agentes *lesionados*.

II

L. y sus compañeros participaban aquella tarde en una protesta antirracista y antifascista porque, minutos después, Democracia Nacional se iba a manifestar —con permiso de la Delegación de Gobierno— en aquella plaza de Cangas. Este partido tiene un lema muy democrático: *Los españoles, primero*. Todo español (y, por extensión, todo ciudadano de la UE) debe tener prioridad para cualquier puesto de trabajo o beneficio social. Además, la política migratoria —defiende Democracia Nacional— debe cortar radicalmente, *de una vez y para siempre*, la invasión de legiones de inmigrantes indocumentados. Fuerzas policiales, fuerzas armadas, servicios de inteligencia y sistemas electrónicos, así como una legislación de emergencia que facilite las repatriaciones y desactive el *efecto llamada*, deben ser puestos en marcha para bloquear la invasión de ilegales. Con ello se pretende evitar la amenaza de modificación sustancial de la identidad nacional, cultural y social española.

En sus 58 *medidas para contener la inmigración y desactivar el efecto llamada*, Democracia Nacional propone, entre otras iniciativas, la expulsión inmediata de todas las personas sin papeles. Mamadou, al que la empresa española Pescanova arruinó al agotar los caladeros donde pescaba; Mamadou, que pasó doce días en una patera a la deriva; Mamadou, que sufrió el confinamiento durante cuarenta días en un Centro de Internamiento de Extranjeros; Mamadou, que tiene tres hijas cuya única esperanza es el dinero que su padre envíe desde Europa; Mamadou *deberá ser expulsado*.

Para quienes tienen permiso de trabajo y residencia, la propuesta es una condena eterna a la provisionalidad: cada año, durante toda una vida, Jimena tendrá que renovar su permiso de trabajo y residencia. Si pasa noventa días sin cotizar, *deberá ser expulsada*. Abdul, que lleva veintidós años en Asturias, dieciocho de ellos traba-



jando en la construcción, y que ha sido recientemente despedido, *deberá ser expulsado* en el momento que se le termine el paro. Vanina, cuidadora de ancianos y niñas en los dos últimos años, tuvo que ir al hospital debido a un dolor abdominal. Tiene apendicitis y la van a operar. Como no tiene papeles, *deberá ser expulsada* en cuanto reciba el alta.

Leila, que ayer participó en una concentración contra la Directiva de la Vergüenza, *deberá ser expulsada* por reivindicar derechos no contemplados en la legislación de extranjería. Ousmane, que al parecer defiende planteamientos políticos o religiosos contrarios al ordenamiento jurídico, *deberá ser expulsado*. Said, que robó cinco euros para comprar un poco de comida, *deberá ser expulsado*, como cualquier inmigrante que cometa un delito. Soufián, que no ha robado nada pero ha sido acusado de ello, *deberá tener un juicio rápido y será encerrado* mientras tanto –sin posibilidad de libertad bajo fianza– por el hecho de ser inmigrante.

Si en el barrio de Pumarín –si en cualquier barrio– o en la ciudad de Oviedo –en cualquier ciudad– se concentra más de un diez por ciento de población inmigrante, el barrio o municipio quedará *cerrado* para la instalación de nuevos inmigrantes. Irina sufrirá una vigilancia especial por parte de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, ya que su nacionalidad se relaciona con especiales tasas de delincuencia. Si queda *estadísticamente demostrada* una mayor *conflictividad* por causas de la nacionalidad, se podrá llegar a la prohibición total de entrada a España para, pongamos por caso, cualquier persona por el hecho de ser húngara, peruana o burkinabé.

III

Más preocupante que el hecho de que un 0,08 por ciento del electorado asturiano apoye el racismo ultraderechista –un 0,05 por ciento en el Estado español–, es que el fascismo institucional crezca y se normalice. El PSOE y el PP compiten entre sí para ver cuál es el gobierno que detiene, encierra y expulsa a más inmigrantes sin papeles. La policía nacional –dirigida en Asturias por el *socialista* Antonio Trevín desde su Delegación del Gobierno– y la policía local de Oviedo –feudo eterno del PP– compiten en brutalidad en el tratamiento a las personas inmigrantes. Un plácido paseo por las calles de Oviedo ofrece patadas a los manteros que venden en la calle Doctor Casal o palizas hasta la inconsciencia a senegaleses que pasan la mañana del domingo sentados en un banco de El Campillín. Si pudiéramos darnos una vuelta por la comisaría de la policía nacional –a tenor de los testimonios de las miles de personas inmigrantes que han pasado por ella– nos encontraríamos humillaciones constantes y continuas detenciones y procedimientos de expulsión.

L. se manifestaba en Cangas por los derechos de Mamadou, de Jimena, de Abdul, de Vanina, de Leila, de Ousmane, de Said, de Soufián, de Irina. Desgraciadamente –trágicamente– su compromiso es una excepción en una sociedad que permite que la policía entre en el portal de al lado a llevarse a sus vecinos. Quizás por ello las instituciones quieren extirpar de raíz cualquier signo de resistencia. Quizás por ello no se conforman con haberles apaleado y pretenden imponer un castigo ejemplarizante. Treinta y cinco años de cárcel para que nadie se atreva a moverse. Treinta y cinco años de cárcel para que el racismo y el fascismo sigan campando impunemente. Treinta y cinco años de cárcel como invitación al silencio.

Libros publicados

Hacia un desarrollo rural sostenible

Año de edición: 2001

248 páginas

ISBN: 84-607-3516-8

Quién invade a quién. El Plan África y la
inmigración

Año de edición: 2007 (2ª edición)

66 páginas

ISBN: 84-611-4544-5

Los árboles de la muerte. Crónica de un
inmigrante sin papeles

Año de edición: 2004 (2ª edición)

96 páginas

ISBN: 84-607-9379-6

Oviedo detrás de la fachada [Fotografías]

Año de edición: 2007

61 páginas

ISBN: 978-84-611-6895-8

Contra la Unión Europea. Una crítica de la
Constitución

Año de edición: 2005

48 páginas

ISBN: 84-609-4170-1

Oviedo detrás de la fachada

Año de edición: 2007

184 páginas

ISBN: 978-84-611-6896-5

Crisis y deuda externa. Las políticas del
Fondo Monetario Internacional

Año de edición: 2005

248 páginas

ISBN: 84-609-5602-4

Catalina y los bosques de hormigón

Año de edición: 2007

56 páginas

ISBN: 978-84-611-8953-3

Nos comen. Contra el desmantelamiento
del mundo rural en Asturias

Año de edición: 2005

196 páginas

ISBN: 84-609-7722-6

Rodaré maldiciendo. Poemas y arte callejero

Año de edición: 2008

40 páginas

ISBN: 978-84-612-4533-6

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico
Nacional, el embalse de Caleo y la nueva
cultura del agua

Año de edición: 2006

120 páginas

ISBN: 84-611-0696-5